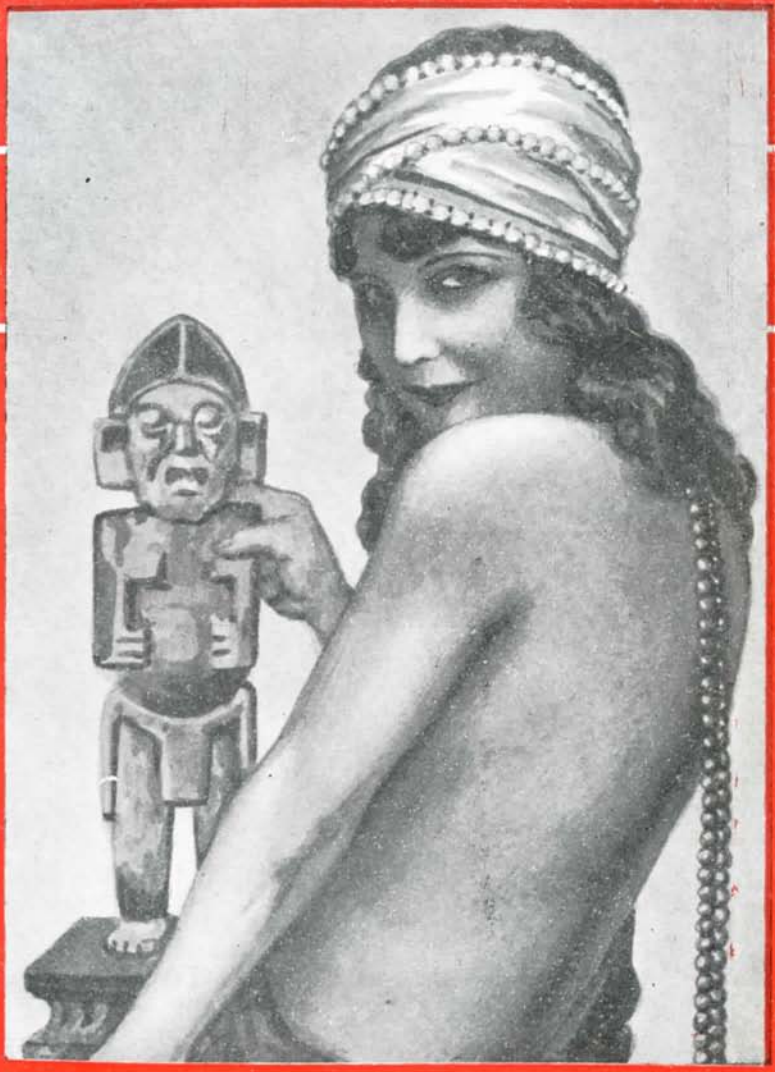
TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY



1'25 PTS.

fetichismo erótico

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

36

A. MARTIN DE LUCENAY

FETICHISMO EROTICO

Bases psicológicas del fetichismo sexual. — Los símbolos eróticos.—Fetichistas neurópatas y perversos.—Los cortadores de trenzas. Las formas más extrañas de la perversión.— Casos célebres



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
NOVIEMBRE 1932

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

No hay un enamorado que no sea fetichista sexual o erótico. El fetichismo, como la algolagnia, son los principales aliados del amor.

En el fetichismo entran todos los sentidos corporales, incluso el del gusto, que es el menos significado en el amor normal, y cuya importancia es bastante menor que la del oído. No obstante, esta actividad sensorial que concurre a facilitar la tumescencia por medio de los recursos lícitos, hemos de considerarla absolutamente normal, lo mismo que el sadismo moral y físico en sus manifestaciones más leves, que en muchos casos equivalen a manifestaciones naturales y variadas del fetichismo.

El enamorado, hombre o mujer, que se excita ante el recuerdo del perfume del ser amádo; por la contemplación de un objeto que haya pertenecido a él, como una flor, una cinta, un papel cualquiera; por el contacto con un objeto que recuerde una forma humana; ante la evocación de una obra musical o del timbre de voz del adorado o por el sabor de un manjar cualquiera preferido por el amante, es un fetichista normal, es un enamorado. La variedad de los hechos fetichistas en el amor natural es amplísima, y sus horizontes no tienen límites aún dentro de la esfera lógica de estas sensaciones.

Una parte cualquiera del cuerpo del ser amado, una prenda de su uso, un objeto de su pertenencia, un libro leído por los dos y hasta la piedra en que tomó asiento el objeto pasivo de ese amor, son otros tantos motivos de respeto y hasta de adoración para el amante, verdaderas reliquias que forman parte del conjunto de factores que se hacen familiares en el amor. La tendencia de los enamorados a volver, por ejemplo, al lugar en que se vieron por pri-

mera vez o dónde celebraron su primera entrevista, es el resultado de una misteriosa atracción, pero tan fuerte como aquella que le obliga al criminal a visitar el sitio donde cometió su delito.

No acabaríamos nunca de poner ejemplos y citar casos del fetichismo normal, tan frecuentes en los enamorados que tienen en sus recuerdos, plásticos o espirituales, algo así como un estímulo poderoso para reavivar las llamas de un amor que se apaga o calentar las cenizas de una pasión que se ha muerto...

Pero esto no es una perversión; es, por el contrario, el juego natural de un psiquismo equilibrado que busca en las evocaciones que le revelan los objetos—los fetiches—la repetición de otras emociones más o menos lejanas y placenteras. La perversión sexual que conocemos con el título de fetichismo erótico o simbolismo erótico, es algo bien distinto, y que si bien es incomparable con ese fetichismo normal, no cabe duda que resulta la ampliación morbosa de esas otras sensaciones completamente naturales. El fetichismo normal es, en resumen, la transmisión y la limitación del amor a una persona, a una parte de ella o a un objeto que tenga alguna relación directa con el conjunto de la personalidad real, ya inspire una emoción atrayente o repelente, en cuyo caso puede decirse que se trata de fetiches positivos y negativos. Ahora bien, cuando la admiración o la adoración de esas partes del cuerpo u objetos cualesquiera que forman parte de la naturaleza íntima del ser amado, acaban por convertirse en un objeto sexual sustitutivo completo del fin normal a que debe tenderse, entonces nos encontramos con el fetichismo patológico, es decir, con la perversión clara y terminantemente definida sin ningún género de dudas.

Todos los fetichistas de este género son neurópatas; esto no puede discutirse. Ya veremos más adelante cómo estos enfermos o, por lo menos, débiles mentales, practican su perversión en virtud de las emociones experimentadas en épocas remotas de su infancia, impresiones que produjeron la lesión traumática correspondiente en su psiquismo, congénitamente débil o predispuesto para estas influencias, lo que no deja de ser también debilidad.

Aunque la perversión fetichista suele encontrarse en la vida sexual de algunos animales, todas las investigaciones acaban por demostrar que es una modalidad peculiarmente humana que alcanza a todos los grados de refinamiento y de la inteligencia del hombre. En cuanto a los sexos, no cabe duda que se observa en el masculino con la máxima amplitud, mientras que en el femenino aparece como

fenómeno raro que muchas veces va asociada con otras perversiones tales como la homosexualidad.

El fetichismo erótico se observa en todas partes; allí donde existe un enamorado, como ya hemos dicho, hay un fetichista normal; pero si tenemos en cuenta que no todas las mentalidades están igualmente equilibradas, se verá que al lado del que ama está el pervertido, cuya imaginación exaltada o su impulso sexual excesivo le llevan al extremo de forjar imágenes en las que concentra toda su atención amorosa para enamorarse y experimentar las más intensas emociones eróticas al amparo de una sombra, bajo la convulsión de un recuerdo o ante la vista de un objeto cualquiera al que su fantasía exaltada quiera dar la forma o el carácter que mejor convenga a sus fantasmas sexuales.

Estamos seguros de que el lector va a encontrarse con casos que el equilibrio de su razón se negará a admitir refutándolos de inverosímiles; pero no es así. Hay que partir de la base de que el fetichismo es una perversión en la que la imaginación es el todo. Parece extraño, por ejemplo, que el ruido de un disparo sea bastante para provocar el orgasmo genésico; que el olor de un tomate podrido produzca la misma emoción; que el tronco de un árbol excite la sexualidad de un individuo hasta llegar a idéntico extremo... Todo esto ocurre en virtud de un complicadísimo proceso de asociación de extrañas ideas, inconcebible para una mentalidad perfectamente organizada, porque, como se dice vulgarmente, "para hacer ciertas cosas, se necesita estar loco"; y esto es lo que ocurre, generalmente, en tales casos.

BASES PSICOLOGICAS DEL FETICHISMO SEXUAL

El fetichismo y los sentidos. — Cómo se centra la atención del fetichista. — El encanto singular de los defectos.—«Cristalización» del amor. — El fetichismo negativo o repelente. Actitud de la mujer defectuosa. — El sadomasoquismo fetichista. — Las prendas de vestir femeninas. — Fetiches eróticos sexuales.— Los fanáticos. — El Cristo bueno y el malo. Fanatismo colectivo. — Fetichismo de las masas. — El amor a una víscera. — Las reliquias.

> No hay rasgo, ni prenda de vestir, ni actitud, ni acto, ni siquiera animal, ni objeto quizá en la Naturaleza, que no tenga alguna facultad erógena y erótica para un alma morbosa.
>
> (Stanley Hall, *Adolescencia.*)

El término *fetichismo* puede ser traducido por el significado de la palabra *encanto* cuando su sentimiento tiende a favorecer el desarrollo de la pasión sexual, y también por *desencanto* si las impresiones que inspira son negativas o contrarias a la emoción sexual.

En el fetichismo amoroso normal desempeñan un papel esencialísimo todos los sentidos, en este orden: la vista, el tacto, el olfato, el oído y el gusto. Los fetiches personales pueden ser: las partes del cuerpo, sus funciones fisiológicas, mecánicas y emanaciones, las prendas de vestir y todos aquellos objetos que se relacionen con el cuerpo de cualquier modo, como, por ejemplo, el peine que utiliza el ser amado, el jabón con que se lava, la toalla que le sirve para secarse y hasta el papel higiénico que se emplea después de evacuar el organismo sus más bajas funciones fisiológicas.

En cuanto a los fetiches impersonales, es decir, aquellos que no tienen relación directa con el individuo amado, su número es abun-

dantísimo, incontable, infinito; basta con que la imaginación establezca una relación arbitraria cualquiera, para que al fetichista le parezca lo más natural y trate de convencer a quien quiera escucharle de que le sobra razón para adoptar esa actitud que en su criterio tiene que resultar siempre de una lógica indiscutible.

"El efecto de los fetiches—dice Bloch—se incrementa por una cualidad especial del amor humano, que es su inclinación a embellecer e idealizar las partes que más impresión producen en nuestros sentidos. Esos embellecimientos e idealización se extienden entonces desde el cuerpo de la persona amada a sus vestidos y a los objetos de su uso, pero relacionándolos siempre con ella. Sólo por la importancia que se asigna y la acentuación que se da a una parte determinada, se la hace destacar de la figuración del conjunto, y así se la prepara a ser idealizada y a convertirse en un fetiche."

Esas partes del cuerpo, esos aspectos del carácter y cuantas modalidades pueden estimarse anormales o despreciables por un Jurado imparcial, en el enamorado adquieren el valor de un detalle imprescindible. En el volumen X hemos hablado de los que tienden a idealizar los defecos del ser amado, como la cojera, las huellas de las viruelas e incluso la enfermedad. Un célebre escritor se excitaba sexualmente con sólo pensar en una mujer que tuviese huellas de viruelas en el rostro, y llegaba al extremo de buscar mujeres en estas condiciones, fuesen jóvenes o viejas, bellas o feas, pero que mostraran en el rostro las huellas de la terrible enfermedad.

En todo comienzo de enamoramiento, siempre hay un detalle que sobresale de los demás que forman el conjunto. Siempre es el hombre, más que la mujer, quien más sujeto se halla a estas influencias y más dispuesto se encuentra siempre a rechazar las leyes de la ética y la estética, como si realmente fuese verdad que el amor es ciego en absoluto. Un hombre enamorado de una mujer cualquiera, se fija, por ejemplo, en el rostro, en un brazo, en las manos, en los pies, en el color del cabello, el de los ojos, en la manera de andar, en el perfume o el olor particular, etc. Para un observador imparcial, puede ser que la belleza de aquella mujer no pase de ser una vulgaridad, y analizando uno por uno todos los detalles corporales, sea capaz de encontrar los defectos que con arreglo a los cánones de la belleza pueden existir.

Pero es posible que el enamorado o el galanteador se fije, por ejemplo, en una mano; una mano que es vulgar, que no tiene nada de particular, o, más aún, que es fea, desproporcionada, áspera y hasta

sucia, como en el caso que pasaremos a referir. En virtud de esa tendencia a impresionarnos por un primer detalle, el amante acentúa e idealiza esa parte que le ha llamado la atención por encima del resto de las características, y entonces se le aparece como una imagen aislada que se separa por completo del conjunto y que a la vez ejerce una atracción que localiza allí su pensamiento, el cual resulta casi insensible o insensible en absoluto a la influencia de otros verdaderos encantos que serían estimados por un jurado imparcial como perfectos y fundamentales.

Un individuo se enamoró de una mujer de bellos ojos negros y magnífica cabellera rubia natural, que tenía la costumbre de ir siempre enguantada. Desde el primer momento fijó su atención en las manos, por la simple razón de que no las había visto; éste, y no otro, fué el motivo de su atracción por aquellas partes del cuerpo. Un día consiguió ver las manos desnudas de su amada; las cuales, a consecuencia de unas graves quemaduras, estaban deformadas y atrofiadas. Por si esto fuera poco, las uñas deformes dejaban ver el "luto" característico del poco aseo. No obstante, este hombre, que ya recibió una primera impresión en el hecho de no verlas, se enamoró de aquella parte de las extremidades hasta el extremo de cantarlas en un soneto en el que decía, refiriéndose al "luto", lo siguiente:

> Las coronas de azabache mate y denso
> de tus uñas diminutas de marfil,
> son las flores del misterio que yo pienso
> deshojar como las rosas de un pensil.

No cantó a sus ojos ni a su cabello blondo y rizado que, naturalmente, era lo más bello de todo el conjunto de la amada. Tanto es así, que por referencias que me merecen entero crédito, la muchacha creyó en principio que aquel hombre era un bromista de mal gusto o un malvado que hacía escarnio de la desgracia que la obligaba a tener las manos siempre ocultas.

La psicología del fetichismo indica que entre la perversión de este tipo y el estado normal existen infinitos grados intermedios. En los casos más leves, es decir, los más frecuentes, la parte que se elige como fetiche atrae una gran parte de la atención, pero no hasta el punto de convertirse en el punto de mira imprescindible de toda la pasión amorosa o erótica, como sucede con la perversión.

Por «cristalización» del amor, que pudiéramos decir, es fácil

advertir el desarrollo de infinitos casos de fetichismo. Una mujer que es consciente de un defecto suyo cualquiera, cuando se ve ante el hombre que la ha conquistado o que se dejó conquistar por ella, tiende siempre a llamar la atención de su galanteador sobre aquella parte de su cuerpo que a ella la disgusta, bien porque no sea, en realidad, perfecta, o bien porque crea que ello puede servirle de disgusto y hasta de motivo de repulsión. En muchos casos que conozco parece ser como si esta actitud femenina obedeciese a un movimiento instintivo de su conciencia.

Es posible que el hombre no se haya fijado en ese defecto evidente, o que habiéndolo advertido le conceda escasa o ninguna importancia, porque, en realidad, no es un detalle que reste belleza al conjunto. En esta situación, ocurre que él, sinceramente, no se ocupa ni poco ni mucho por aquel detalle que le hace permanecer indiferente ; pero en ella no ocurre igual. Piensa que la indiferencia es fingida, y que, en todo caso, la actitud del amante no es más que un resultado de galantería, no aludiendo al defecto para no molestarla.

Ha ocurrido que ella empezó por conceder al defecto la importancia desproporcionada de un fetiche autonegativo, y alrededor de tal detalle forjó una verdadera inquietud que se convirtió en obsesión ; lo mismo que el fetichista *normal*—nos referimos a la *anormalidad*—centra toda su atención amorosa o erótica en el fetiche ; así, la fetichista negativa, o sea la defectuosa, cree sinceramente que aquel detalle la pone al margen de la sexualidad y del amor.

Cada entrevista con el amado va precedida en ella de unos momentos de angustia y tortura. Si él no llega a la cita, jamás se la ocurre pensar que el retraso ha sido involuntario, sino que siempre cree que su defecto es lo que principalmente repele al amante. Este fetiche negativo alcanza en su imaginación unas proporciones aterradoras : toda su vida amorosa, hasta que la confianza se establece entre ambos, se centra en la repulsión que, a su juicio, tiene que inspirar el fetiche.

Pues bien : a fuerza de insistir una y otra vez sobre «su desgracia», el amante que nunca se ha fijado en esa minucia, porque su amor se dirigía hacia otros aspectos físicos o intelectuales de la mujer, mucho más interesantes, termina por fijarse en el defecto cuya atención ella reclama tan imperiosamente y acaba por idealizarle : esta es la conclusión definitiva.

¿En virtud de qué razones psicológicas se opera este fenómeno? Es bien sencillo demostrarlo. En primer lugar, el hombre está lealmente enamorado. Y un hombre enamorado puede convencerse de que lo está cuando la tristeza o las lágrimas de su amada representan para él un dulce suplicio — sadomasoquismo normal—. Es una tristeza y son unas lágrimas que quiere ver, «pero que desea evitar», porque su ser consciente, o por mejor decir, civilizado, no le deja comprender que se pueda amar a una mujer haciéndole sufrir. Que ella sufre con su defecto es evidente; no se convence ante la indiferencia del amado hacia el detalle y la interpreta como síntoma de repulsión, según decimos, sino que quisiera que él rindiese siempre un homenaje a su desgracia. Tal es el deseo subconsciente de ella ; pero es que también su «yo» consciente o civilizado la advierte la imposibilidad de que en él pueda despertarse ese sentimiento normal.

Pero ve que ella sufre por una causa de la que él no es responsable, y esto no lo tolera ni perdona jamás un enamorado ; un enamorado puede experimentar placer por sus actos sádicos, pero jamás permanecerá indiferente ante los dolores físicos o morales que otras causas ajenas a su voluntad puedan infligir a su amante. Entonces, si el causante es una persona, se llega incluso al crimen ; pero si obedece a razones inevitables, ese odio se convierte en adoración, en encanto, en fetichismo en una palabra.

No es que se adore, por ejemplo, a la enfermedad que afecta al ser amado o al accidente que motivó el defecto : se adora a la enferma o a la defectuosa, porque esa enfermedad o ese defecto la hacen sufrir y la colocan en un plano de evidente inferioridad con relación a las mujeres sanas o normales. Todo ello no es más que el deseo vehemente de compensar lo inevitable con la ternura natural del amor: es el restablecimiento del equilibrio psicofísico mediante el aumento del peso psíquico que completa lo que falta físicamente.

Tal es, sencillamente, la explicación de esos casos de fetichismo de los defectos que ya citaremos más adelante y que, como hemos dicho en otro volumen al hablar de la selección sexual, representan los máximos focos de la atracción amorosa y erótica.

Hemos hecho referencia a los fetiches específicamente corporales que normalmente resultarían negativos, es decir, opuestos al desarrollo del amor o del erotismo, ya que las características atractivas de la mujer o del hombre, analizadas desde el punto de vista de la selección sexual han de formar un conjunto armónico, aunque

complejo, que conduce a hacerles deseables, y que motivan el deseo de poseer sexualmente a la persona que las ostenta. Mas los equivalentes sexuales de otra índole, y que no forman parte del individuo, despiertan también emociones que conviene analizar por su gran importancia simbólica.

Una prenda de vestir femenina—no olvidemos que el fetichismo es, generalmente, una perversión masculina—, un objeto cualquiera de mujer, como una máquina de bordar, un reclinatorio, e incluso el automóvil de un colegio de muchachas detinado al transporte de éstas, como veremos más adelante, pueden ser objetos que sustituyen al motivo erótico normal.

Esta modalidad simbólica tiene también sus raíces normales fuera de la esfera erótica, aunque dentro de la sexual; el caso de la niña que besa y abraza a su muñeca, es un ejemplo bien claro, como lo es el del hombre que se extasía, por ejemplo, ante una obra artística cualquiera, debida a las aptitudes de una mujer, cuando dice: "Parece mentira que esto haya podido hacerlo *una mujer*". En ese éxtasis, hay cierto fetichismo que es sexual, pero no erótico, ya que si la misma obra la hubiera ejecutado un hombre, no le produciría la misma admiración.

Pero no son estos aspectos, tan simples y tan normales, los que ocupan nuestra atención, aunque exponemos esos ejemplos sólo por el valor que tienen como base natural de otros fenómenos más amplios y extraños, de franca significación erótica.

Una prenda cualquiera de mujer inspira una emoción sexual variable, normalmente, no por la prenda en sí, sino porque recuerda a su dueña, en general; porque esté destinada a tener un contacto íntimo con su cuerpo o porque evoca una postura impresionante para el ánimo del observador. En todos los casos, la emoción ha sido sexual, porque el hecho en que se centra toda la predisposición admirativa se refiere al área erótica. Ahora bien; estas impresiones pueden ser excitantes, pero nunca—repetimos que con referencia al fetichismo normal—deben equivaler a la consecución total del objeto, porque cuando esos detalles, ya sean corporales o se refieran a prendas u objetos cualesquiera, se transforman en tanto como la persona amada y hasta adquieren el carácter de un objeto insustituíble que por sí sólo basta para motivar la completa satisfacción sexual, entramos de lleno dentro de los límites del fetichismo patológico.

El caso más inocente y frecuentísimo del fetichismo erótico es el

de los enamorados que conservan pañuelos, flores, cintas, mechones de cabello y demás pequeños recuerdos. En los casos más significativos, se trata de objetos o prendas muy íntimas, como porciones de vello público, camisas femeninas, paños higiénicos y hasta trapos impregnados en secreciones vaginales. En el simbolismo erótico, no hay nada repugnante, pues todo lo que así ha de considerarse normalmente es idealizado por el amor o la pasión en grado superlativo.

Yo he visto a un joven permanecer mucho tiempo en una iglesia con la vista fija en un reclinatorio donde una vez vió sentada a su novia, entonces ausente; sé de otro que iba todos los días a casa de un amigo suyo para acariciar, literalmente, el pedal de una máquina de bordar en que había trabajado una joven obrera que tenía relaciones con otro hombre. Me han referido que un individuo fué sorprendido, en un garaje, besando con amoroso ardor el asiento de un automóvil en el que una sola vez vió sentada a una joven que pretendía, alumna de un colegio de medio internas.

Todo esto es natural, mientras no pase de ahí, aunque no pueda admitirse normalmente. Por otra parte, en el amor religioso, las cosas ocurren de la misma manera, puesto que el símbolo, que no es más que un fetiche, llega a absorber por entero el pensamiento de los fieles, que no piensan ya en la vida o en los milagros del santo, sino que se concretan a la imagen como el único motivo de su inspiración y de su fe.

En una procesión de Semana Santa, en Sevilla, vinieron a las manos los miembros de dos cofradías: unos, se congregaban bajo la advocación del Cristo de A., y otros adoraban a la imagen del Cristo de B. No hay medio de convencer a estas gentes fanáticas de que los dos fetiches, símbolos o imágenes, como todas las demás, son reproducciones, más o menos convencionales, del único Dios-Hombre del Cristianismo, lo mismo que la Virgen de la Macarena, la de la Soledad, la del Carmen, etc., etc., representan a la única Madre que Cristo tuvo. Pues bien; en el ardor de la disputa—por lo general, siempre terminan de mala manera—los bandos se expresaban de esta forma (1):

—Nuestro Cristo vale más que esa mierda que lleváis—decían unos.

(1) Esta «perversión» de la fe religiosa, es decir, el fanatismo fetichista, es conocidísima en Sevilla y no llama la atención, aunque represente una de las variedades más aberrantes de la religiosidad.

—Y el nuestro le da por el c... a ese cabrón de los sinvergüenzas—contestaban los otros.

Por este estilo se escucharon blasfemias e insultos atroces entre estas gentes a las que su falso concepto fetichista lleva al sadomasoquismo más brutal y al crimen más refinado.

Pero no hace falta ir a Andalucía para observar estas modalidades de la perversión del amor religioso. En Avila, a un centenar de kilómetros de Madrid, hay un lugar denominado los "Cuatro Postes", donde la leyenda o la superstición dicen que Santa Teresa, al emprender su ausencia de la ciudad que la vió nacer, sacudió sus sandalias contra una piedra, diciendo: "De Avila, ni el polvo". En las inmediaciones de los "Cuatro Postes" puede verse una piedra de granito en cuya superficie aparece una zona más oscura, que tiene la forma de la huella de una sandalia; pues esta mancha quiere la fantasía de una parte de los devotos de la santa, que es la que dejó la célebre alpargata de la mística Doctora, hasta el extremo de ser muy frecuente el espectáculo de beatos y beatas que se acercan a posar sus labios donde se dice que Santa Teresa sacudió furiosamente su sandalia, harta de sufrir las trastadas que, por lo visto, la jugaron en su tierra natal.

Estos casos de fetichismo religioso colectivo pudiéramos multiplicarlos hasta el infinito, y su expresión más clara es la veneración que inspiran las reliquias u objetos que se dice pertenecieron a los santos. La misma devoción al Corazón de Jesús, es un caso de fetichismo corporal. Un estudiante de Medicina polaco estaba locamente enamorado de una joven que murió en un accidente. El cadáver fué trasladado al depósito para hacerle la autopsia, y cuando se presentaron los forenses para evacuar la diligencia, se encontraron con que el cuerpo estaba abierto, faltándole el corazón. El estudiante se había apoderado de la víscera, lo que no ocultó cuando fué detenido, diciendo que se creía con un derecho perfectísimo a poseer aquella parte del cuerpo de su amada que había sido tan suya. Esto no lo comprendieron los jueces, que no oponen ningún reparo a que se adore la víscera sangrante del que dicen que redimió a la Humanidad, elevándole suntuosas iglesias y grandiosos monumentos. ¿Es éste, o no, un caso de gran fetichismo?...

Este fetichismo, en cambio, no es sexual casi nunca, aunque lo es erótico muchas veces, como en el caso de una monja que se imaginaba que sus órganos genitales recibían las gotas de sangre que destilaba la víscera fresca que reproducía un cuadro.

De todas formas, se explica que un pañuelo, una cinta, un papel, la huella de un pie o una parte cualquiera del cuerpo, sea externa o interna, puedan producir emoción sexual o religiosa, ya que pertenecen o son del uso del ser a quien se ama, sexual o religiosamente, sin olvidar que el amor toma siempre la forma abstracta de una verdadera religión; por eso escribía un poeta:

> Eres la diosa de mi amor más fuerte
> religión santa donde te venero,
> con la ardiente pasión en que yo quiero
> gozar la vida o encontrar la muerte.

Un tratadista dice lo siguiente: "La tendencia a atesorar las reliquias de una persona amada, y más especialmente las prendas de vestir, es el fundamento más sencillo y más común del simbolismo erótico. Sin duda, es absolutamente normal, puesto que es inevitable que los objetos que han estado en íntimo contacto con el cuerpo de la persona amada, y que se hallan íntimamente asociados a esta persona en la mente del que la ama, posean algo de la virtud de ésta la misma potencia emocional. Es un fenómeno completamente análogo a aquél en cuya virtud se supone que la reliquia de un Santo tiene una virtud singular. Sólo llega a ser algo anormal cuando la prenda de vestir se considere esencial, aun en presencia de la persona amada."

Esto es lo que sucede en los casos de fanatismo religioso o místico, en los que se prescinde en absoluto de la personalidad del Santo para limitarse a la adoración del objeto que se estima fué de su pertenencia: los cofrades que aman a sus cristos e insultan a los otros que no son de su devoción, olvidan por completo que el amor debe inspirárselo el Cristo en su amplio sentido, y no el fetiche, el icono o la imagen.

Tales son, a grandes rasgos expuestas, las bases psicológicas del fetichismo sexual, arraigadas, como se ve, en emociones que afectan a la esfera del amor en todas sus manifestaciones. Es natural que se ame al sitio donde se vivió agradablemente y se fué feliz, como que se odie al lugar donde se pasaron penalidades y se fué desgraciado. Todas estas razones son poderosas y fundamentales para explicar la causa del fetichismo positivo y negativo, cuya variabilidad es verdaderamente inmensa.

En la coprolagnia y la urolagnia, de que hablaremos más adelante, no cabe duda que el fetichismo es el todo, aunque pueda ir

asociado al sadomasoquismo. Que los excrementos y secreciones más repugnantes del ser amado inspiren adoración, es un hecho que se explica, porque también esas materias han sido de la pertenencia del amante, simbolizando, además, profundos motivos eróticos. Los hombres bebedores del orín femenino, lo hacen porque esa secreción ha pasado por los órganos que constituyen el foco esencial de la mayor atracción erótica.

Repetimos que el tema presente es amplísimo y complejo hasta el infinito. Y se verá, en el transcurso de estas páginas, que si el bestialismo, por ejemplo, carece de bases naturales, el fetichismo tiene siempre un sólido punto de apoyo para justificarse, hasta el extremo de que resulta dificilísimo precisar dónde la anormalidad empieza y dónde la normalidad acaba, porque los hechos aparecen siempre muy íntimamente unidos.

LOS SIMBOLOS EROTICOS

Papel del símbolo en la erótica.—Cualquier objeto puede ser un fetiche.—Una locomotora, fetiche sexual.—Mecanismos psíquicos.—División convencional de los fenómenos.—El simbolismo de las partes genitales.—El fetichismo de las mujeres.—Las manos.—El pie.—Antecedentes históricos.—Como fetiche negativo. Rétif de la Bretonne.—Fundamentos de esta perversión.—Razones sociales.—Los «amantes de los pies».—La prostitución.

Como ya sabemos, el simbolismo erótico no se limita a dirigirse hacia una característica determinada de la mujer o del hombre adultos, la cual puede constituir un objeto esencialísimo del amor sexual. Nada tiene de extraño que un hombre se excite sexualmente ante la visión, el tacto, la olfación, etc., de una parte cualquiera del cuerpo de la mujer amada o deseada. Incluso si alguna vez llegase al orgasmo, en virtud de estas impresiones sensoriales, no hay por qué alarmarse ni pensar en la anomalía, porque estos casos se observan frecuentemente en individuos enamorados o preexcitados completamente normales y de magnífica constitución mental.

Los mecanismos psíquicos de excitación son tan abundantes en las relaciones normales de los sexos, que algunas veces resulta imposible diferenciar lo natural de lo morboso. Si hay seres—hombres sobre todo—capaces de practicar el coito psíquico de que ya hemos hablado—como hacen muchos ascetas, especialmente los indios—, no cabe duda que la presencia de un fetiche contribuye a aumentar esas excitaciones o esa facultad erótica, que no siempre es completamente anormal, del hiperestésico.

En los casos de hiperestesia sexual, ya que hablamos de este grado de excitabilidad, todos los parecidos emocionalmente sexuales y analogías establecidas por semejanza de los objetos, de las ideas, de las impresiones, etc., pueden observarse en for-

mas más o menos permanentes, presentándose en un mismo individuo con una variabilidad infinita.

El novelista francés Huysmans, en su libro *Allá lejos*, hace un resumen atinadísimo del simbolismo, diciendo: «Cuando nuestra imaginación humana trata de animar cosas artificiales, se ve obligada a reproducir los movimientos de los animales en el acto de la propagación. Mirad las máquinas, mirad el juego de los pistones en los cilindros: son Romeos de acero y Julietas de hierro fundido.» En efecto, esta acción mecánica es quizá el ejemplo más claro que puede ofrecerse del acto de la cópula. Una muchacha que veraneaba este año en un pueblo de la sierra de Guadarrama, mostraba especial empeño en acudir a la estación del ferrocarril, especialmente al paso de los trenes de mercancías. Esta rara afición sorprendió a otra joven amiga suya, que no se explicaba por qué había de preferir los trenes de mercancías a los de viajeros, y, sobre todo, las causas que la impulsaban a detenerse a ver una vieja locomotora de maniobras.

Por fin, se aclaró el caso mediante una explicación bien fácil. La atracción de la muchacha por las locomotoras es sencillamente erótica, porque en estas máquinas observó el símbolo perfecto de la cópula a que alude Huysmans: su fetiche lo constituye, ni más ni menos, el mecanismo del émbolo en su movimiento de entrada y salida en la caja del cilindro: el émbolo era en su imaginación del miembro viril, y la caja del cilindro la cavidad vaginal. Prefería los trenes de mercancías porque eran los que solían ser arrastrados por locomotoras cuyos émbolos están al descubierto, lo que no ocurre en otras que llevan este organismo en una caja que impide ver su funcionamiento. La máquina de maniobras, de modelo muy antiguo, tenía estos aparatos visibles.

Es un caso de fetichismo mixoscópico; las emociones sexuales que la producía la visión del acto mecánico eran en ella tan intensas como en las que un individuo normal puede causar el espectáculo de la copulación de las personas o de los animales. Todo es cuestión de imaginación, parte esencialísima en los aspectos de la perversión fetichista, puesto que el simbolismo o el fetichismo no es más que la facultad intelectual de descubrir o atribuir el significado emocional de dar un valor convencional a algo con objeto de revelar objetos, hechos, circunstancias o emociones que en realidad no existen. Un autor dice que, en términos cerebrales, «indica una actividad de los centros más elevados, una especie de apartamiento o de circunvolución de la primitiva energía».

Colin Scott, en "Sexo y Arte" dice, hablando del simbolismo sexual en conjunto, lo que sigue: «Depende primeramente de un proceso psicológico de la representación, el cual trae consigo mayores facultades de comparación y de análisis que las poseídas por los animales inferiores. Las impresiones externas llegan a distinguirse como tales, pero a la vez se consideran como símbolos de impresiones internas y se descubre en ellas un sentido que no tendrían de otra manera.» «No parece sino que—añade—cuanto más fuerte es la emoción, con más facilidad sirve para la formación de un simbolismo que se erige en foco y ocupa el lugar de algo más grande; en nada, por lo menos, constituye el simbolismo un rasgo más característico que como expresión del instinto sexual. La pasión del sexo, con su inmenso fondo hereditario, se concentró para los hombres primitivos en los rasgos más triviales y menos importantes... Este simbolismo, que ahora se torna fetichista o simbólico en mal sentido, es, por lo menos, un ejercicio de la mayor facultad representativa del hombre, de la cual depende tanta parte de su progreso, a la vez que sirve para expresar y contribuir a la purificación de su emoción más perenne.»

Havelock Ellis clasifica el fenómeno del simbolismo erótico en tres grandes grupos, según los objetos o los actos que lo despiertan, a saber:

1.° Partes del cuerpo.—A) *Normal*: Mano, pie, pechos, nalgas, cabello, secreciones y excreciones. etc.

B) *Anormal*: Cojera, estrabismo, señales de viruelas, etc. Cree que pueden incluirse bajo la misma rúbrica, la paidofilia o amor a los niños, la presbofilia o amor a los ancianos y la necrofilia o atracción hacia los cadáveres, así como la excitación causada por distintos animales.

2.° Objetos inanimados.—A) *Prendas de vestir*: Guantes, zapatos, medias y ligas, gorras, delantales, pañuelos, ropas interiores.

B) *Objetos que no son de uso personal.*—Aquí pueden incluirse los distintos objetos que incidentalmente pueden tener la facultad de excitar el sentimiento sexual en el autoerotismo. Puede incluirse también el pigmalionismo, o amor a las estatuas y los cuadros.

3.° Actos y actitudes.—A) *Activos*: Fustigación, crueldad, exhibicionismo.

B) *Pasivos*: Ser fustigado, ser víctima de la crueldad. Los olores personales y el sonido de la voz pueden incluirse en este grupo.

C) *Mixoscópicos*: La visión de trepar, nadar, etc. El acto de orinar y de defecar. El coito de los animales.

Reconoce dicho autor que, aun cuando los tres grupos principales en que él divide el simbolismo erótico, parecen muy distintos, llanse, esto no obstante, "tan estrechamente enlazados y se involucran de tal modo, que ocurre que un símbolo complejo corresponde a los tres grupos a la vez".

Según esta definición, a mi juicio incompleta, por un lado, y demasiado amplia, por otro, resulta que todas las perversiones sexuales entran dentro de la denominación del simbolismo erótico. En efecto, ello puede admitirse si admitimos también que el amor normal es otra variedad del simbolismo desde el momento en que la imaginación va siempre más allá de la realidad de los hechos psicosexuales. El hombre que se enamora de una mujer con toda normalidad, es decir, porque le gusta y llena por completo todas sus aspiraciones psíquicas y sexuales, no cabe duda que es un simbolista, ya que está firmemente convencido de que no existe en el mundo una mujer que reúna mayores y más abundantes perfecciones físicas y morales que las que encuentra en su amada.

No cabe duda, que esto es imposible en absoluto. ¿Quién es capaz de señalar cánones éticos y estéticos como el compendio de todas las perfecciones apetecibles, en el sexo femenino, por ejemplo? ¿O es que esa mujer arquetipal por el hecho de serlo, había de ser amada con igual intensidad por todos los hombres?... Preguntad a un enamorado por su amante, y es seguro que aun cuando reconozca que hay mujeres infinitamente más perfectas, no por eso estará dispuesto a cambiarla por el arquetipo; el arquetipo para él, es "ella"; esa "ella", que hemos idealizado todos los hombres, porque en todos los caracteres hay siempre un grado de fetichismo, de afán de idealizar, de creer que lo nuestro es lo mejor y más perfecto. En resumen, ¿quién ha sido capaz de dictar normas adecuadas para que en ellas se encaje el misterio del amor?

Por la misma razón que se dice—y no por nuestra parte—que todas las perversiones sexuales son fetichistas, en el fondo, no sólo puede decirse que el amor es un grado universal del simbolismo, sino hasta que todas las perversiones son gradaciones del amor. Y esto no es posible, en manera alguna.

En la clasificación que hace Ellis del fenómeno con referencia

a las partes del cuerpo, parece ser que no estima como símbolos normales, ni anormales tampoco, a los órganos de la copulación, que, a nuestro juicio, son mucho más importantes que otras partes cualesquiera. Claro es que no puede decirse, por ejemplo, que la vulva sea el símbolo de la vulva; puede ser, si se quiere, el de la procreación, como lo era el Príapo de los antiguos y lo son las distintas representaciones fálicas que se adoran aún en muchos pueblos. Pero, a pesar de todo, no hay razón para excluir las partes genitales del área del simbolismo, cuando está ampliamente demostrado que, en casos infinitos, la atracción se concreta exclusivamente, en la mujer, hacia el miembro viril, y en el hombre, naturalmente, hacia la vulva femenina.

Es lógico comprender que en el amor normal no pueda haber mayores focos atractivos, aunque a veces su vista sea repugnante; ahora bien, cuando el amor es sincero, dígase cuanto se quiera, estas partes del cuerpo inspiran más adoración que repulsión, como se demuestra suficientemente por la *fellatio* y el *cunnilingus*, que pueden llegar hasta el extremo de sustituir en asoluto al acto normal.

Krafft-Ebing niega que exista un *fetichismo genital* especial. A esto, entre otras razones y casos que aduciremos, puede oponerse la adoración religiosa—¿se quiere más fetichismo?—al pene y a la vulva en los símbolos del *lingham* y de la yoni. Claro es que no puede decirse que se trate de símbolos particularmente eróticos, sino que son más bien sexuales, y, si se quiere, mejor aún, generadores. Pero si nos atenemos a lo que dice Weininger cuando asegura—y lo demuestra—que la mujer no es, en general, más que una fetichista del falo, y que el hombre no existe para ella más que como parte sexual, veremos que las definiciones del sabio psicólogo carecen de verdadero valor.

Lo que dice Weininger a este respecto, es lo que sigue: "O no se ha querido ver, no se ha querido decir; pero no se tiene apenas una verdadera figuración de lo que el órgano generador masculino significa psicológicamente para la mujer, ya cuando doncella, y cómo domina toda la vida femenina imponiéndose a todo, si bien algunas veces en completa inconsciencia. No quiero decir, de ningún modo, que la mujer encuentre hermoso o siquiera bonito el órgano genital masculino. Más bien le produce el efecto que al hombre mitológico la cabeza de Medusa y al pajarillo la culebra; lo que ocurre es que ejerce sobre ella un efecto hipnótico y fascinador."

Goethe, dice en "Fausto", poniéndolo en labios de Satanás cuan-

do se dirige a las mujeres, que lo que más las seduce es el oro y el miembro viril, y George Hirth, en sus "Caminos del amor", hace constar la fe instintiva de la mujer en la "palpable belleza y fuerza paradisíaca del falo", lamentándose de la "antinatural disminución e hipócrita ocultación de esa parte, la más masculina del cuerpo" por la moral convencional inventada por los hombres.

Esto no quiere decir que todas las mujeres experimenten las mismas emociones porque para ello es preciso hallarse en estados especiales de excitabilidad. No obstante, es preciso hacer una distinción; y es que el fetichismo de la mujer por los órganos sexuales masculinos, es más del tacto que de la vista, en la gran mayoría de los casos.

El hombre, en cambio, generalmente, no es fetichista de la vulva, sino de los pechos y de las nalgas fetichismo que es más táctil que visual también, como sucede en la mujer con el pene y los testículos. Y vamos a demostrarlo.

Seguramente, no habrá un sólo hombre que no haya sentido la irresistible atracción de tocar los pechos de una mujer; cuanto más desarrollado sea este carácter tan importante, más impulsado se sentirá a percibir sus impresiones táctiles. Con las nalgas, en cambio, no ocurre lo mismo: hay infinitos hombres que se muestran completamente indiferentes ante ese atractivo sexual femenino, que más bien inspira ideas sádicas, deseos de azotar, que de acariciar. Su encanto estético da origen a la coprolagnia, como veremos más adelante y en el volumen siguiente titulado "Las grandes aberraciones".

En las grandes aglomeraciones de público, sobre todo, es donde con más precisión puede observarse esa tendencia de los libertinos audaces a tocar los pechos y las nalgas de las mujeres; pero, en cambio, a ninguno se le ocurre practicar esas palpaciones en la región genital. En la intimidad de dos enamorados, todavía podemos observar estos fenómenos con más precisión; las primeras caricias atrevidas, después de los besos, son a los pechos y muy rara vez a las nalgas, movimiento que la mujer siempre considera grosero, poco intelectual y demostrativo de una sensualidad que casi siempre la ofende.

Pero también hay razones que explican esta actitud femenina. Parece natural que obedeciendo ambos actos a la voluntad del amante, ella debiera acogerlos con un gesto idéntico, ya fuera de aprobación o de repulsa; pero no sucede así. Tal vez la zona menos sensible de proyección sexual de todo el cuerpo femenino esté

constituída por la piel de las nalgas, lo mismo que puede asegurarse que ocurre todo lo contrario en los pechos. Hay, por lo tanto, cierto egoísmo en la mujer: la caricia que el amante practica sobre sus nalgas la deja indiferente, no la excita, no la dice nada a su sexualidad; pero, en cambio, la ejecutada en los pechos, sea suave o brutal, muy rara vez deja de emocionarla. Desde el punto de vista psicofísico, no puede darse una explicación más sencilla ni más exacta.

Mientras el hombre va adquiriendo confianza, sus toques se limitan, primero, a las manos, a los muslos, sobre la ropa, a la cintura, a los hombros, a los brazos, etc. Esa confianza se adquiere lentamente, poco a poco, como estudiando los efectos de cada audacia, y cuando se adquiere la convicción de que ya no hay resistencias notables, se llega a los pechos. A la zona genital no llega nunca hasta que la mujer no libre el pasaporte, lo que ocurre de la siguiente manera. Ella se ha dejado hacer, y mientras tanto, su sexo, perfectamente tranquilo, por regla general; su pudor, por otra parte, y los convencionalismos, por otra, esto es, su táctica particular, en suma, no la permiten revelarse o "definirse" hasta que no se persuade, sin género de dudas, de que el amante ya ha empezado a experimentar la fascinación natural de sus encantos sexuales que, poco a poco, ha despertado. Llega un momento en que ella alcanza un grado de excitación irresistible, y entonces, como sin darse cuenta, dejan abandonada una de sus manos, o ambas a la vez, sobre los muslos del amado.

Esto ocurre de una manera instintiva, a juzgar por los relatos que he escuchado de mujeres sinceras. Y también parece instintivo el movimiento recíproco de ambos, tendente a provocar el contacto manual con los genitales masculinos, en cuyo caso o momento, ya queda establecida la reciprocidad completa hasta llegar al sucedáneo del acto sexual normal.

No cabe duda que hay muchas mujeres que experimentan el orgasmo completo con sólo acariciar el pene del amante, o de un individuo cualquiera, si se trata de una viciosa. El "flirt" ocasional de los cinematógrafos, cuya complicidad fundamental está en la oscuridad que requiere el espectáculo, es provocado, la mayor parte de las veces, por la mujer, cuya audacia sorprende a muchos hombres. Acabo de escuchar a un amigo el relato de una aventura insólita de esta naturaleza. Estaba con su esposa en un cine, cuando una joven, que estaba a su izquierda, inició el movimiento fe-

tichista a que aludimos. No existe otra explicación del hecho, ya que se desconocen, y, a juzgar por la conversación que la muchacha sostenía con una señora, que debe ser su madre, cree mi amigo, que es médico, que se trata de una mujer de mentalidad normal, aunque no se atreva a decir otro tanto de su moral.

Si queremos, vamos a incluir en el área de lo normal a estas actitudes, diciendo que se trata de manifestaciones normales del impulso sexual femenino, que tienen lugar en circunstancias tan favorables como la oscuridad de un cine. Pero si recordamos que el homosexual masculino, de tipo pasivo, es decir, femenino, el hombre más parecido a la mujer normal, también dirige sus primeros movimientos hacia el pene de sus conquistas, habrá que admitirlo como una prueba más de la preferencia femenina por este carácter fundamental de la masculinidad.

En el caso que he referido antes de la señorita que se excitaba sexualmente ante el espectáculo de una locomotora maniobrando, no sé si el símbolo era la cópula o estaba centrado en el émbolo como representación del pene, aunque me atrevo a asegurar que se trataba de esto último principalmente. Siendo así, como en el caso referido por mi amigo, es posible afirmar que se trata de fetichismo visual en el primero, y táctil en el segundo, con la diferencia de que en aquél la imaginación era el todo, y en éste no representaba tanto, por tratarse de un símbolo de sí mismo, es decir, del objeto esencial, en suma.

Pero hay más aún. Conozco tres casos de mujeres—tres amigas—que no sé de qué forma consiguieron hacerse con unas imitaciones fálicas, muy bien ejecutadas, en barro cocido y policromado, especie de botijos para el vino, que se ven mucho en Extremadura, fabricados, sin duda, en Salvatierra de los Barros. Por el tamaño de estos recipientes, es imposible pensar que pudieran utilizarse en maniobras masturbatorias; pero es el caso que las tres mujeres—la más joven de veintitrés años, muy religiosa, y las otras dos menopáusicas, solteras y, por tanto, muy religiosas también—, según confesó la más joven, se satisfacían sexualmente "pensando en que, en realidad, pudieran existir miembros de tal tamaño". Aclaró que sólo se excitaban con tal pensamiento, completando el mecanismo psíquico con el de la masturbación.

Una señora francesa poseía numerosos dibujos de miembros humanos y de animales perfectamente logrados. Sólo le era posible gozar sexualmente pensando durante el acto "en el placer que

experimentaría dibujando el pene de su amante". En estos cuatro casos, amén de muchísimos más que pudieran citarse, aparece bien claro el fetichismo genital especial que niega Ebing, y que no merece la atención de Ellis y otros autores.

El fetichismo de la vulva en el hombre, es más visual que táctil: conozco a uno que se excita pensando en una vulva que aumenta y disminuye de tamaño, mientras que se abren y cierran los grandes labios. Otro tiene la manía—es un neurópata—de practicar dobleces en un pañuelo o una tela cualquiera, en forma de eme, de modo que el ángulo de los trazos medios quede muy pequeño, lo que representa para él el símbolo del clítoris, principal fetiche de su erotismo. Concurre con mucha frecuencia a las casas de prostitución, haciendo que la mujer le muestre este pequeño órgano, separando suficientemente los grandes labios, sin necesidad de ningún contacto.

Bloch opina también que existe el fetichismo de los órganos sexuales, diciendo que la extensa propagación de estas inclinaciones en el hombre y la mujer se explican por la frecuencia del hecho del culto rendido a los genitales aisladamente en el *cunnilingus* y la *fellatio*, "que en muchos individuos substituye por completo al coito normal". Al efecto, cita tres casos que salen de lo menos anormal. Uno se refiere a un individuo de treinta años, muy culto, heterosexual y que mostraba gran repugnancia por la homosexualidad; pero que, en cambio, se excitaba sexualmente imaginándose a un hombre que no tuviera pene, sino solamente un gran prepucio. Le atraen las mujeres, y sostiene comercio carnal con ellas; pero el orgasmo no puede lograrlo a no ser que se imagine que su miembro viril está afectado de una exagerada fimosis.

Otro es un impotente casi para la realización del acto sexual normal, que sólo se excitaba contemplando las partes genitales de personas y animales, o dibujándolas en un papel con todo detalle. Afirma que este individuo presentaba síntomas muy determinados de una dolencia nerviosa.

Pero el siguiente, sobre todo, es el más interesante, acerca del cual dice: "Imposible parecerá, y no lo es, en que haya casos en que el fetichismo se dirija a los órganos genitales dudosos; el fetichismo hermafrodita; y digo que no es imposible, porque he conocido un verdadero caso de este fenómeno. Se trataba de un oficial que en todas partes andaba buscando formaciones hermafroditas en los genitales. Esto le hace ser muy conocido en los

círculos de la prostitución berlinesa, que se aprovecha de su interés por el hermafroditismo para engañarle. En realidad, ha encontrado algunos casos de ello; pero, a pesar de todos sus ofrecimientos, no consiguió correspondieran a su amor."

Queda bien demostrado que existe un fetichismo de los órganos genitales, emoción independiente de la atracción sexual en virtud de que todo el interés del individuo se centra sobre un punto concreto, sin importarle nada los demás caracteres de la persona que posee el fetiche. Pongamos un ejemplo para terminar la discusión sobre este aspecto: Un sujeto está enamorado completamente de una mujer; al decir completamente, queremos afirmar que su amor es la suma de la atracción psíquica y física de los caracteres espirituales y materiales del alma y del cuerpo amado. Si se le pide que elija entre su amada y otra mujer para efectuar la cópula, no cabe duda que optará por la primera, por la razón sencilla de que la atracción no es solamente sexual específica, es decir, que no es una zona determinada del cuerpo lo que constituye el excitante de su impulsión erótica, sino que está formada por múltiples atractivos, entre los que los órganos genitales no pasan de ser una región íntimamente unida al todo inspirador de su pasión.

Ya hemos hablado en otros volúmenes de la atracción que ejercen los pechos, cuya zona erógena, sólo por el hecho de serlo, justifica psicológicamente la inclinación natural del hombre a convertirlos en uno de los fetiches más normales. Por otra parte, como ya hemos dicho, lo mismo las teorías de Darwin que las de Freud, corroboradas por la experiencia universal, demuestran que el atractivo de los pechos, no sólo ejerce su influencia sobre el hombre, sino que hasta la mujer los admira como la parte más bella del cuerpo femenino. Estas preferencias se remontan a la edad de la lactancia. Como en los demás aspectos del fetichismo de las partes del cuerpo, la anormalidad se manifiesta desde el momento en que la adoración particular de este carácter, las caricias practicadas sobre los senos o su palpación suave o violenta, reemplazan en absoluto al acto sexual normal, obteniéndose por medio de esos mecanismos psicológicos, visuales y principalmente táctiles, las sensaciones inherentes al contacto natural. Es tan natural el fetichismo de los pechos, que casi no es posible incluírlo de lleno en los índices de la perversión.

El fetichismo de las manos es tal vez una de las perversiones más frecuentes en los invertidos, y no muy rara entre los hombres normales. El fetichista de las manos, prescinde también del resto de los caracteres sexuales primarios y secundarios, y su impulso queda satisfecho sólo mediante el contacto con unas manos bonitas. La tumescencia se obtiene mediante la visualidad y el orgasmo se produce mediante un ligero contacto, que casi siempre no es advertido siquiera por la mujer. Conozco a un individuo cuyo procedimiento de satisfacción es el siguiente: sube a un tranvía en cuya plataforma vayan mujeres asidas a los pasamanos, y cuando ve una mano que le excita, procura, de una manera disimulada, tocarla con la suya. El roce más leve mantenido durante un minuto escasamente, le basta para lograr el orgasmo. Esta operación la practica dos o tres veces en semana. No le excita una mano femenina, por muy bonita que sea, si la toca, por ejemplo, en un saludo; el contacto tiene que ser con mujeres desconocidas. Es un neuropata.

El fetichismo de las uñas se observa en algunos casos de anomalía mental. No he tenido ocasión de conocer personalmente esta extraña variedad. Bloch dice que hacia el año 1870 fué asesinada en Gratz una condesa Chorinsky por su marido y su amante, la señorita von Ebergenyi. "Cuando estaban en la prisión, se escribían cartas, en las que incluían las uñas que se cortaban, con cuyo olor "se embriagaban".

Una variedad interesante, pese a lo extendida que está, es el fetichismo del pie, que, en muchos casos, se relaciona íntimamente con el del calzado. Esta tendencia a idealizar dicha parte del cuerpo, así como la prenda de vestir, que la es propia, parece ocupar la atención de casi todos los hombres. No obstante, los españoles y los chinos son quienes más sometidos se encuentran a estas influencias simbólicas. En algunos casos, el fetichismo es negativo, hasta el extremo de que el solo pensamiento de que el pie pudiera tener un olor desagradable, basta para anular por completo toda predisposición amatoria o erótica.

Algunos tratadistas, entre ellos Stanley Hall, Havelock Ellis y otros, pretenden basar el fetichismo del pie en remotas razones psicológicas que nacen en la infancia. La idea aducida por el primero, de que una forma del cortejo puede consistir solamente en tocar los pies bajo la mesa, no es, a mi juicio, ninguna razón poderosa para justificar ese simbolismo; los enamorados que en una reunión practican estos contactos invisibles para ellos y para los demás, no hacen más que ejecutar un acto simple de palpación,

que, indudablemente, puede originar excitación sexual, pero que no es un signo que contribuya a realzar la importancia del simbolismo. Si ambos amantes estuvieran solos, sentados a una mesa frente a frente, enlazarían las manos y jamás se les ocurriría hacer lo mismo con los pies.

De todas las explicaciones que he tenido ocasión de leer acerca del motivo de la atracción sexual de los pies, no encuentro, francamente, ninguna que sea definitiva, ni que pueda referirse a una base digna de atención. Lo único que puedo decir—y que ni aun a mí mismo convence—es que la atracción del pie "puede" ser debida al hecho de que es una parte del cuerpo que, en las condiciones de la vida civilizada, se presenta siempre oculta.

No obstante, en muchos pueblos y en diferentes épocas, los pies han sido considerados como símbolos del comercio carnal. Los antiguos hebreos relacionaban los pies con los órganos sexuales; en la Biblia, Isaías, cap. VII, versículo 20, parece ser que el vello de los pies "es una locución sinónima, un eufemismo para designar el vello de las partes genitales (1).

Schinz dice que existe una relación entre el pie y el placer sexual, no sólo entre los hebreos, los egipcios y los árabes, "sino entre los antiguos germanos y los españoles modernos". Jacoby asegura que entre los griegos, los romanos y especialmente los etruscos, era corriente el representar a las diosas castas y a las vírgenes con los pies calzados, aun cuando las demás partes del cuerpo apareciesen desnudas. Ovidio insiste mucho en los encantos del pie femenino, desde el punto de vista sexual. Refiriéndose a los festivales eróticos, dice que las únicas mujeres que se presentaban mostrando los pies eran las cortesanas y las ninfas.

En la "Historia de la prostitución", de Dufour, leemos lo siguiente: "En Roma, habiéndose apropiado las matronas el uso del zapato, no se permitía que lo llevasen las prostitutas, las cuales llevaban el pie desnudo, en sandalias o zapatillas, que sujetaban al empeine con cintas doradas." Tíbulo se deleita describiendo el menudo pie de su querida, oprimido entre las cintas que le aprisionan. La desnudez del pie en una mujer, era señal de prostitución, y su deslumbrante blancura actuaba mejor que una celestina, atrayendo

(1) En aquel día raerá el Señor con navaja alquilada, con los que habitan de la otra parte del río, a saber, con el rey de Asiria, cabeza y pelos de los pies; y aun la barba también quitará.

las miradas y los deseos." El mismo autor, refiriéndose a las costumbres de la Edad Media, dice: "En el siglo X, los zapatos *a la poulaine*, con una garra o pico, perseguidos durante más de cuatro siglos, por los anatemas de los Papas y las invectivas de los oradores sagrados, seguían considerándose por los casuistas medievales como los emblemas más abominables del impudor. A primera vista no es fácil comprender por qué estos zapatos, terminados en garra de león o en pico de águila, en proa de buque o en cualquier otro apéndice metálico, podían ser tan escandalosos. La excomunión impuesta a esta clase de calzado precedió al impúdico invento de algún libertino que usaba *poulaines* en forma de falo, costumbre adoptada también por las mujeres. Esta clase de *poulaine* fué denunciada como maldita de Dios, y prohibida por cédulas reales. Los grandes señores y las grandes damas siguieron usando, esto no obstante, *poulaines*."

En España, de la que un autor inglés dice que "fué tenaz siempre en sus ideas antiguas, y que parece haber conservado más que otros países las antiguas tradiciones clásicas", se observa el fetichismo del pie en el *tabú*, por decirlo así, de que aparecía rodeado. Afirma el referido autor que "en los cuadros religiosos españoles era necesario siempre que los pies de la Virgen se ocultasen, ordenando el clero que su vestido fuera largo y flotante, de modo que los pies estuviesen cubiertos por decentes pliegues". En efecto, agrega, que Pacheco, maestro y padre de la esposa de Velázquez, escribía en el año de 1649: "¿Qué cosa puede ser más ajena al respeto que debemos a la Virgen Nuestra Señora, que pintarla sentada con una rodilla sobre la otra, y, a veces, con sus sagrados pies descubiertos y desnudos? ¡Demos gracias a la Santa Inquisición, que manda que se corrija esta libertad."

Este fetichismo del pie ha sido comentado por numerosos autores, que no acababan de comprender las razones que tenía la mentalidad de los españoles para centrar el pudor de la mujer en los pies. Claro es que se han escrito infinitas estupideces e inexactitudes a este propósito, de lo que son buena prueba las siguientes: Havelock Ellis, por ejemplo, dice en un libro suyo editado en España en el año 1913: "Hoy día, las mujeres españolas bien nacidas muestran lo menos que pueden los pies al andar, y hasta en los bailes españoles más característicos hay poco o ningún taconeo, pudiendo permanecer los pies completamente invisibles." Max Dessoir, en 1894, escribía que en las fotografías pornográficas españolas, las

mujeres aparecen siempre con los zapatos puestos, considerando este detalle como una indicación de perversidad. Madame d'Aulnoy aseguraba también que el último favor que otorga a su amante una española es mostrarle los pies.

En mis investigaciones acerca de los hechos contemporáneos, no me ha sido posible encontrar pruebas de ese horror a mostrar los pies, basado en razones religiosas, supersticiosas o de otra índole. Yo creo que es bastante más fácil salirse del terreno del pudor sexual para tratar de obtener las pruebas de esa actitud en un terreno mucho más vulgar y menos idealista, al menos en una gran mayoría de los casos, haciendo alusión al fetichismo negativo de los pies. Para esto nos conviene remontarnos al ideal ascético del amor a la suciedad del cuerpo, como coraza adecuada para proteger al alma contra las tentaciones de la carne.

En ningún otro país que no sean los pueblos ibéricos ha estado más arraigado el santo horror a la higiene y al agua, porque verdaderamente, "siempre hemos sido tenaces en nuestras ideas antiguas", sobre todo cuando la revolución de éstas pudieran ser causa de alguna incomodidad: lavarse, por ejemplo, resulta incómodo para muchas personas. Así se explica que durante siglos enteros los poetas cantasen el aliento perfumado de las mujeres, como una cosa insólita y desacostumbrada: la que se lavaba los dientes, tenía el aliento, naturalmente, perfumado. Pero como esta práctica higiénica no parecía estar muy divulgada, de ahí que aquélla a quien la boca olía bien fuese tanto como un fenómeno excepcional y digno de ocupar la atención de los vates.

Pues con los pies sucedió—y sucede—lo mismo. Un "paleto" refería, muy extrañado, que una señorita que veraneaba en su pueblo se lavaba los pies dos veces al día: "Si se los ensuciará—afirmaba—, que tiene que lavárselos a diario".

No cabe duda que la resistencia de muchas mujeres a mostrar desnudos sus pies, no es más que la consecuencia de la falta de aseo, de las prohibiciones religiosas que combatieron siempre el uso del agua. En suma, desde el punto de vista de la psicología sexual, creo que el miedo a causar asco es la base de esa actitud, incluso en mujeres perfectamente limpias, ya que el olor de las secreciones sudoríficas de los pies desaseados no representan, ni mucho menos, un motivo de atracción erótica, sino que obran a modo de excelente repulsivo **sexual.**



FETICHISMO DE LAS PRENDAS FEMENINAS

Muestra de un «fetiche» erótico de prendas de vestir femeninas. El «culotte», las medias y los zapatos, forman un conjunto simbólico de más importancia que cualquier zona del cuerpo.

LAMINA I



LOS «AMANTES DE LOS PIES»

El pie femenino, y muy especialmente el calzado, es uno de los fetiches eróticos más frecuentes. La fotografía representa una mujer de una casa de prostitución especial para estos fetichistas.

LAMINA II

Ahora bien, después de demostrar que no hemos dicho nada, valga la salida a lo Perogrullo, acerca de las causas originales del fetichismo del pie, hecho oscuro y hasta ahora inexplicable, es necesario ocuparnos del pie calzado, y del calzado, zapatos y botas, especialmente. Hasta cierto punto, si tenemos en cuenta que los pies pueden producir una impresión de asco, cabe pensar en la posibilidad de que un pie calzado en un zapato nuevo y brillante ejerza una influencia fetichista, primero, porque está oculto, y segundo, porque pueda asociarse la idea de limpieza y belleza del continente a las mismas cualidades del contenido. No obstante, esto no ocurre siempre, por la simple razón de que la mayoría de las veces, el fetichismo no lo inspira el pie en si, sino el calzado. Para hacer la prueba, piense el lector, por un momento, en un pie calzado en una alpargata, y en otro embutido en un zapato: la elección no será nunca dudosa, en lo que se refiere a la impresión estética, aunque sean los dos pies de una misma mujer. En el verano que acaba de pasar, nuestras jóvenes dieron en la moda de calzar en sandalias sus pies desnudos de medias. Y este simple gesto, completamente higiénico, no ha parecido estético a una gran mayoría de hombres que prefieren el tacón Luis XV y la media prieta sobre la pantorrilla torneada. Si se inquiere el juicio de muchos hombres, terminaríamos por decir que la mayoría estima que "es una porquería llevar los pies desnudos", no con relación a la sexualidad, sino con referencia a las impresiones antiestéticas que producen asco. No cabe duda que existe una desnudez natural indiferente a la sexualidad, y otra artificial que obra eróticamente.

Bloch ha dado el nombre de *retifismo* al fetichismo del pie y del calzado—del pie calzado, mejor dicho—, por la misma razón que se denominan sadismo y masoquismo a las perversiones de que hablaron el marqués de Sade y Sacher-Masoch, es decir, porque un célebre escritor francés de la mitad del siglo XVIII, llamado Rétif de la Bretonne, dió a conocer en sus obras esta clase de simbolismo que ocupa la mayor parte de toda su vida erótica.

El mismo Rétif de la Bretonne refiere en su célebre autobiografía, titulada "Monsieur Nicolás", toda la génesis de su fetichismo por el pie y el calzado, si bien no da una explicación que pueda aceptarse como satisfactoria, ya que, como hemos dicho al principio, esta perversión, en general, afecta a la esfera emocional, y en cada individuo adopta formas particulares. "¿Tendrá esta predilección por los pies bonitos—dice—que excita infaliblemente mis más

violentos deseos sexuales, una causa física o moral que me haga no ver cualquier fealdad de la persona? En todos los que la tenemos se muestra potente esta inclinación. ¿Estará relacionada con el gusto de ver un gracioso modo de andar, o con la ligereza y voluptuosidad del baile? La extraña atracción que ejerce el calzado no es más que el reflejo de la predilección por los pies bonitos, que hacen graciosos y lindos hasta a los animales. "Se llega a apreciar tanto el continente como el contenido mismo". La pasión que desde mi niñez experimento por un bonito calzado es una afición adquirida, basada en una inclinación natural; pero la que inspira un pie pequeño tiene un fundamento físico, que está contenido en el proverbio latino *Parvus pes, barathum grande.*"

Rétif temblaba de placer cuando veía zapatos de mujeres, y hasta se ruborizaba como un joven tímido ante las mujeres. Para él, los zapatos, mejor dicho, toda clase de calzado de mujer, tenían alma, y hablaban a sus sentidos, excitándolos. Era, sobre todo, el zapato de tacón alto la visión más impresionante que podía existir para él, y el centro máximo de su impulsión sexual. Coleccionaba el calzado de sus amantes, y hasta se masturbaba con ellos, introduciendo el miembro viril como si la cavidad destinada al pie fuese una vagina de mujer.

Frecuentemente, no tenía más que olerlos y besarlos para conseguir el orgasmo, pero sin necesidad de forjarse fantasmas de otra clase: era una excitación directa y tan normal en él como la que pudiera producir en un hombre equilibrado el contacto íntimo de las mucosas genitales en el ayuntamiento natural.

Su pasión por los tacones altos la funda en las siguientes razones: que no se parecen a las botas de los hombres, y ejercen, por tanto, una fascinación sexual; que aumenta los encantos de la pierna y del pie; que dan, al andar, carácter menos pesado y más ligero al paso, y que conservan limpios los pies. Esto lo dice en su libro "Noches de París", al mismo tiempo que relata diversas aventuras en las que los zapatos ocupan el lugar preferente de su atención.

En el capítulo siguiente nos ocuparemos del fetichismo de Rétif de la Bretonne y de otros casos parecidos, los cuales tienen una base neurótica en la mayor parte de su evolución. En el fetichismo del calzado intervienen casi siempre fantasmas sado-masoquistas, como la idea de pisar objetos o pisarse a sí mismo el cuello, el pecho o los órganos genitales, así como la de ser pisoteado y pateado.

Desde el punto de vista clínico, todo lo que se ha dicho acerca

del fundamento de esta perversión no acaba de ser concluyente ni siquiera satisfactorio. Jacoby parece considerar el fetichismo del calzado como un verdadero atavismo, siendo ésta su hipótesis: "La adoración sexual del calzado femenino, la más enigmática quizá y ciertamente la más singular de las locuras degenerativas, es, pues tan sólo una forma de atavismo, la regresión del degenerado a la antigua y primitiva psicología, que ya no entendemos ni somos capaces de sentir".

Como se ve, la afirmación es vaga y completamente freudiana; pero no nos dice más ni nos demuestra nada; todo se deja al acaso, a la posibilidad. Del mismo y muy parecido modo se expresa Ellis: "La tendencia, que es normal en algunos estados anteriores de civilización, de insistir en el simbolismo sexual del pie femenino o de su calzado, y a considerarlo como especial fascinación sexual, no deja de tener importancia para la interpretación de las manifestaciones esporádicas del fetichismo de los pies entre nosotros. Por muy excéntrico que pueda parecernos el fetichismo de los pies, es, sencillamente, la reaparición, merced a un seudoatavismo o detención de desarrollo, de un impulso mental o emocional que, probablemente, experimentaron nuestros abuelos; y que a menudo se echa de ver entre los niños de nuestros días. La reaparición ocasional de este pasado impulso y la estabilidad que puede adquirir quedan así condicionadas por la sensación sensitiva de un organismo anormalmente nervioso y precoz, bajo influencias que—las gentes de condición ordinaria de Europa—o no sienten jamás, o se pierden rápidamente, o se hallan estrictamente subordinadas en las cristalizaciones altamente complejas que el curso del amor y el proceso de la turnescencia crean en nuestro interior."

No podemos admitir tal definición, porque el mismo autor citado se muestra muy vacilante al emitirla. Si queremos fundar el fetichismo en los sentimientos atávicos de la raza, veremos que todo aquel respeto y adoración a los pies femeninos de los romanos, griegos, etruscos, judíos, chinos, etc., obedecen a hechos sociales, y no antropológicos y acaso también a supersticiones. Se comprueba, en efecto, punto éste que atienden mucho los psicoanalistas, que en los primeros meses de la vida, el ser humano tiende a besarse y acariciarse los pies, hasta el punto de que, en algunos casos, parece como si esa parte del organismo adquiriese una vida propia e independiente del resto del cuerpo. Pero si se tiene en cuenta que también hay niños, incluso ya mayores, que se chupan los dedos de las

manos, sería lógico pensar en un fetichismo de las manos que, aunque también exista, no alcanza nunca las mismas proporciones ni es tan abundante como el de los pies.

No es posible, por tanto, si nos atenemos a las observaciones realizadas, que el fetichismo del pie equivalga a un hecho atávico, siendo más acertado, en todo caso, asegurar que procede de una base congénita. A lo sumo, y sin que sea posible la demostración, puede resumirse diciendo que "representa el desarrollo anormal de un germen congénito, latente, por lo general, en nosotros, y que en períodos primitivos de la civilización disfrutaba con frecuencia de un cultivo normal y general", que no podemos, no obstante, asegurar que tuviese raíces antropobiológicas.

Más adelante trataremos del simbolismo del cabello, así como del de las secreciones y excreciones, siendo necesario insistir de nuevo, en lo que al calzado respecta, en la exposición de los casos clínicos.

El resto de las prendas de vestir femeninas inspiran la misma adoración fetichista que se observa en los amantes del calzado. En algunos casos, no es preciso que el fetiche sea una prenda completa, ni un pedazo siquiera: basta la sola figuración del objeto, para que se produzcan los fenómenos autoeróticos completos. Así un eclesiástico gozaba sexualmente viendo un tacón de zapato femenino. En una ocasión experimentó el orgasmo imaginándose que las columnas del tendido de una línea eléctrica eran tacones invertidos. Magnus Hirschfeld cita el caso de un hombre al que sólo excitaban las arrugas que se forman en la caña de la bota al sujetar el tobillo, y el de una mujer que tenía pasión por las botas cubiertas de polvo que veía en los hombres.

No es tan anormal el fetichismo de las prendas íntimas femeninas, tales como el *culotte*, el sostén, la camisa e incluso los paños de la higiene íntima. En estos casos, se establece una relación de intimidad entre las prendas y las partes del cuerpo que cubren. Más normal, si cabe, puede considerarse el de las medias, zapatos y prendas que cubren las regiones sexuales, pero en conjunto; ciertas revistas francesas reproducen fotografías de esta naturaleza, con la intención de atender a la "demanda" de un gran número de lectores pervertidos, de los que puede decirse que son mixóscopos o también pigmalionistas. En cambio, no produce la menor emoción la contemplación de fotografías que reproduzcan esas partes del cuerpo completamente desnudas; porque el desnudo completo, hecho

verdaderamente extraño, rara vez representa la total afición del fetichista, en lo que se refiere a los fenómenos autoeróticos, lo que revela que la pornografía en la estampa no es el desnudo, sino el desvestido (lámina I).

Los fetichistas del calzado completo, esto es, zapato y media, son conocidísimos de las prostitutas de todo el mundo. Hay muchos que no pueden realizar el acto sexual, a no ser que la mujer esté completamente calzada.

En ciertas casas de prostitución de "alto bordo" pueden actuar mujeres a las que nada obliga a perder la virginidad fisiológica; son las casas especiales para los *novios de los pies*, como los llaman las alemanas, o los *bootman*, que dicen las inglesas. Hay una casa en París en la que sólo se admiten fetichistas de las botas altas, prendas que deben colocarse las prostitutas, permaneciendo, por lo demás, en una actitud completamente pasiva. Los fetichistas se limitan a besar, lamer y acariciar de todas formas el calzado, pagan y se van. No es difícil obtener fotografías de esta naturaleza en cualquier establecimiento de literatura erótica de la capital francesa, siendo una muestra la que reproducimos (lámina II).

Hay otros fetichistas—masoquistas morales—que sólo se excitan ante la imposibilidad que, por cualquier causa, puede existir para realizar el acto sexual con una mujer que se ofrece a sus caricias. Estos casos son muy frecuentes. Por lo general, la mujer ha de colocarse una prenda que evoque el célebre cinturón de castidad de la Edad Media, consistente en una prenda que oculte los órganos sexuales. La mujer, con el rostro cubierto con un antifaz, ha de adoptar las posturas más incitantes para que el degenerado se excite, complicando más la escena con ese carácter de misterio. Se conoce el caso de un poderoso banquero judío, que se excitaba imaginándose que la mujer que así se le ofrecía era su propia hija (lámina III).

Todas las prendas femeninas, para resumir, son símbolos eróticos para el fetichista. Unos se conforman con pararse ante los escaparates en que se exhiben estas prendas, y otros recorren las casas de prostitución, con el sólo objeto de apoderarse de un pañuelo, una liga, un *culotte*, una media o una prenda cualquiera de la mujer a quien llevan al cuarto sin tocarla siquiera.

Es frecuente que utilicen estos objetos para masturbarse con ellos, aunque evocando la figura o el sexo de la mujer a quien pertenecieron, aunque no hayan tenido con ella el menor contacto se-

xual. Los fetichistas de la ropa blanca femenina constituyen otra variedad muy frecuente.

Como se ve, a medida que vamos exponiendo estas variedades del simbolismo erótico, más contribuímos a formar una masa verdaderamente caótica de aspectos tan variables, que resulta dificilísimo verificar su exacta catalogación.

El fetichismo que se sale de la esfera de lo normal, ya conocida, es siempre perverso o neurótico, porque esos símbolos resultan necesarios o imprescindibles para la culminación en el acto normal, y en muchísimos casos llegan hasta el extremo de convertirse en sucedáneos del mismo. Todo objeto, pues, animado o inanimado, de cualquier materia que fuere, puede ser un fetiche. Y ahora, vamos a tratar de explicar el origen de esta perversión en los casos que pueden conocerse y en los que, con mayor o menor claridad, es posible advertir las razones de su arraigo en la psicosexualidad del individuo.

FETICHISTAS, NEUROPATAS Y PERVERSOS

Clasificación clínica.—Dificultad de una separación acertada.—Excitantes mecánicos y psíquicos.—El enamorado de la calavera.—El fetichismo en la infancia.—Dos casos clínicos. Las confesiones de Rétif de la Bretonne.—Los moralistas y su moral.—La excitación de los impermeables.—El alcalde y la ropa blanca. Fetichismo femenino.—Cleptomanía fetichista.—La enamorada de las ligas.—Las telas. Materias animales.—Los cadáveres.

Los tipos clínicos del fetichismo pueden ser prácticamente divididos en dos ramas: fetichistas neurópatas y fetichistas perversos. No obstante, no siempre resulta fácil separar ambas expresiones, ya que frecuentemente se advierten en un mismo sujeto actos que pertenecen a las dos ramificaciones.

Los neurópatas son aquellos sujetos tímidos, vergonzosos sexuales, solitarios, que huyen de la sociedad de las mujeres y de los hombres, y que sólo realizan su perversión de una manera furtiva, sin que nadie les vea, aisladamente, bien sirviéndose de un objeto cualquiera, o sólo mediante la elaboración de fantasmas eróticos. Estos individuos son psicasténicos, melancólicos, obsesionados, débiles mentales, tímidos, etc. Son, al decir de Laignel, desequilibrados del sistema neurovegetativo, creyendo también que, como todos los perversos, neurópatas o no, son frecuentemente heredosifilíticos, aunque la tara no resulte clínicamente apreciable.

Los perversos, que son los más frecuentes, sólo dan muestras de su perversidad de una manera episódica, ya que su mentalidad es compatible con el acto sexual normal. El fetichista perverso suele manifestarse en edades muy tempranas, a los cuatro o cinco años, y más tarde aún, casi siempre en virtud de emociones sexuales en las que concurre la asociación esencial de un objeto, de un acto o de una impresión cualquiera. Puede decirse que el perverso es casi siempre

neurópata, con la diferencia de que esta perversión puede curarse cuando la neuropatía no se sobrepone a la perversión.

El perverso es el que necesita del fetiche para excitarse, e incluso para lograr el orgasmo mediante el contacto natural u otro equivalente, como la masturbación, el *cunnilingus*, la *fellatio*, etcétera; hay muchos casos, como ya hemos dicho, en los que el fetichismo se asocia a todas las perversiones sexuales. Por lo general, como se trata de sujetos relativamente normales, sus actos fetichistas obedecen a un impulso neuropático: son neurópatas accidentales, para expresarlo más claro, a diferencia de los verdaderos neurópatas en los que las manifestaciones anormales resultan permanentes y exclusivas.

La división es difícil; forzoso es insistir sobre este punto. Hay casos en los que un fetichista lleva algún tiempo practicando el acto normalmente, sin tener necesidad de recurrir a actos u objetos separados de la esfera sexual, cuando de pronto siente la necesidad irresistible de asociar a los hechos un fetiche cualquiera. Entonces puede continuar durante mucho tiempo sirviéndose del fetiche para volver de nuevo a la normalidad; en estos casos, cabe decir que se trata de perversos.

Hay neurópatas en los que se observa el fenómeno inverso, o sea que, de una manera episódica, pueden prescindir de los medios anómalos para conseguir el fin normal. No obstante, cuando se trata de objetos materiales, la imaginación acaba por sustituirlos, apareciendo entonces el fantasma. Un individuo que jamás pudo realizar el acto normal después de los tres únicos ayuntamientos que tuvo a los catorce años, contentándose con masturbarse con un zapato, consiguió realizar el acto normal "imaginándose que se masturbaba con un zapato". No fué más que la sustitución del mecanismo físico por otro de imaginación. Vivió feliz en su matrimonio, del que nacieron tres hijos completamente normales.

Muchos perversos reemplazan el acto normal por las maniobras eróticas más variadas, sin llegar al ayuntamiento natural, no porque no lo deseen, sino porque la autoexcitación les obliga a llegar al orgasmo antes de tiempo, dejándoles impotentes durante cierto tiempo. Cuando de nuevo sienten deseos sexuales, inician el acto con esas maniobras perversas, que suelen tener el mismo final. Se trata, indudablemente, de débiles sexuales, que se aproximan a la impotencia.

Todavía pudiéramos apurar las definiciones para mejor separar al neurópata del perverso. Al efecto, aunque clínicamente no puede

admitirse por las dificultades de diferenciación existentes, cabe decir que los mayores neurópatas se encuentran en aquellos cuya imaginación reemplaza a los objetos materiales por fantasmas convencionales o símbolos que sólo en su mentalidad pueden encontrar una explicación. No obstante, puede existir también un símbolo material, como ocurre en el siguiente caso:

Un individuo, que estudió varias carreras, sin acabar ninguna, se dedicó, por fin, a la corrección de pruebas, en la sección de obras de Medicina de una importante editorial. Las pruebas que más le gustaba corregir eran las de los tratados de anatomía, y algunas veces sentía dedicó, por fin,a la corrección de pruebas, en la sección de Medicina, de una iemportante editorial. Las pruebas que más le gustaba corregir eran las de los tratados de anatomía, y algunas veces sentía excitación sexual cuando leía algo que se refiriese a la conformación del cráneo, a los huesos craneales, etc.

Había algunos autores médicos con los que tenía relaciones profesionales, y a cuyo domicilio iba con frecuencia para corregir pruebas, recibir instrucciones, etc. En una ocasión, fué a casa de uno de ellos, el cual tenía sobre una estantería la calavera de una mujer que murió de un balazo. El médico le refirió una teoría que pretende demostrar que el desarrollo acentuado del vértice del hueso occipital denota en la mujer un fuerte temperamento erótico. A partir de aquel día, el corrector de pruebas dió en la manía de tocar a las mujeres en la nuca, para comprobar si estaba desarrollado ese hueso. Algunas veces llegó hasta el extremo de hacer la prueba con desconocidas, lo que le costó varios disgustos.

Iba con mucha frecuencia a los Museos de Antropología, con el fin de examinar los cráneos de los ejemplares allí conservados, y cuando descubrió una calavera con el citado hueso muy desarrollado, experimentó gran excitación sexual ,con completo orgasmo.

En cerca de un año tuvo cuatro amantes prostitutas, que ofrecían esa particularidad anatómica, y en muchas ocasiones le bastaba con acariciarlas en la nuca para comprobar la existencia del hueso, sin necesida de más excitaciones. Su potencia sexual era muy grande, y en cada sesión practicaba el coito normal cuatro y cinco veces, pero siempre a base de esa caricia. En alguna ocasión, que quiso prescindir del fetiche, le fué imposible obtener el orgasmo, aunque conservando la erección.

Al cabo de ese tiempo, sintió la necesidad de volver al Museo, porque las excitaciones obtenidas con sus toques no le dejaban sa-

tisfecho, y de nuevo experimentó el orgasmo "imaginándose que acariciaba el hueso descarnado". Entonces, concibió el propósito de procurarse una calavera, y, al efecto, se hizo amigo de un sepulturero con el fin de conseguir un cráneo, por el que le ofreció cien pesetas. Eligió uno entre varios, y después de convenientemente desinfectado, lo colocó en una pequeña vitrina en su alcoba. El sepulturero le dijo que había pertenecido a una joven de veinte años muerta, cinco años antes, a consecuencia de una catástrofe ferroviaria.

Con su valiosa adquisición, el hombre se consideró feliz. Al poco tiempo pasó a desempeñar un cargo de viajante de la editorial donde prestaba sus servicios, colocando la calavera en una maleta especial, que se hizo construir a este propósito. Siempre que llegaba a un hotel, lo primero que hacía era sacar la calavera, para colocarla sobre la mesilla de noche. Cuando alguna vez le preguntaban acerca de aquel macabro objeto, contaba una historia que él se había imaginado. No llamaba la atención que conservase este resto, ya que siempre andaba entre médicos, por lo que le tomaban por profesional de la Medicina.

Una tarde de verano, en que se había echado a dormir la siesta, uno de los camareros del hotel descubrió su fetichismo mirando por el ojo de la cerradura: le vió perfectamente cómo besaba la calavera y lamía el hueso occipital, dando pruebas de gran excitación. El curioso siguió observando, y al cabo de dos o tres minutos, vió con todo detalle que el neurópata, que se hallaba completamente desnudo, experimentaba el orgasmo sexual con la correspondiente eyaculación.

El caso no tardó en llegar a oídos de un médico amigo del dueño del hotel, el cual obtuvo la comprobación exacta de lo observado por el camarero, viéndolo por sus propios ojos. Valido de su conocimiento con el viajante, le habló de su perversión en el terreno profesional, hasta que confesó por entero su fetichismo. El doctor se interesó por el caso, tratando de curarle de su macabra manía, después de comprobar que el cráneo había pertenecido a un individuo del sexo masculino, que murió cerca de los sesenta años, a consecuencia de la sífilis, cuyas huellas se advertían claramente en el tejido óseo.

Hemos referido este caso extraordinario con algún detalle, a fin de que el lector pueda formarse una idea exacta del desarrollo de esta perversión, poco común en cuanto a los caracteres que la determinaron. Desde luego, en el hecho de sus primitivas excitaciones ante la vista de un cráneo, circunstancia anterior al conocimiento de la referida teoría, según se la refirió el médico, parece existir un fundamento cuya naturaleza no pudo precisarse. Sólo la imaginación del neurópata puede elaborar esos símbolos cuyas raíces antropológicas son desconocidas. Sé que el caso referido no se estudió como merecía, no poseyéndose más detalles que los citados.

En niños de herencia neuropática pueden prender las semillas del fetichismo cuando con un acto sexual coincide una circunstancia cualquiera. Ya hemos dicho, al hablar de las perversiones estudiadas en volúmenes anteriores, cómo obra en la psique el choque de un episodio emocional experimentado en los comienzos de la vida, sobre todo cuando afecta a la esfera de la sexualidad.

Una brillante explicación del desarrollo de las emociones fetichistas es la que aduce un tratadista en pocas palabras: "La precocidad es, sin duda, una condición que favorece esta desviación; un niño que es precoz y anormalmente sensible ante personas del sexo opuesto, antes que la pubertad haya abierto el camino de los deseos sexuales, suele ser fácilmente presa de un simbolismo casual. Una persona poco sensible podrá no percibirlo; pero, en cambio, para el amante más despierto y dado a la fantasía, constituyen una parte fascinadora de la cristalización altamente cargada de la pasión. Una persona excepcionalmente nerviosa, tan luego como este simbolismo ha echado firmes raíces, puede hallar en él un elemento absolutamente esencial de los encantos de una persona amada y amable. Finalmente, para un individuo que no se halla en su sano juicio, el símbolo se generaliza; ya no se desea una persona, puesto que se la considera como mero apéndice del símbolo, o se prescinde totalmente de ella; lo único que se desea es el símbolo, el cual es capaz de proporcionar por sí solo completa satisfacción sexual."

Naturalmente, el niño está más expuesto que el púber a ser víctima de estas emociones, por la razón de que su psiquismo es también más débil, y las sensaciones sexuales mucho más impresionantes que en el púber o en el adulto. La asociación de la idea, que más tarde se convierte en fetiche, surge de la manera más simple: hasta que en el momento del orgasmo fije su atención en un objeto cualquiera; que perciba un olor, agradable o repugnante; que escuche una voz, una nota musical, el ladrido de un perro, el timbrazo de un teléfono, etc., etc., para que esa impresión accesoria, ajena por completo al acto y carente en absoluto de importancia para un hom-

bre normal, se convierta en fetiche auxiliar o en carácter imprescindible mediante un ligero esfuerzo imaginativo que sustituye por completo a la normalidad.

Un hombre de veintiocho años refiere que, cuando tenía cinco o seis, fué iniciado por una criada en ocasión en que ambos se habían quedado solos en la casa. Recuerda perfectamente que la joven estaba lavando ropa, cuando en esto se cortó la corriente de agua, lo que pareció contrariarla. El pequeño la pidió que le contase un cuento, a lo que ella accedió conduciéndole a su cuarto. La criada empezó a manosearle los genitales, lo que debió excitarla, y después le dijo que, si la enseñaba el pene, le contaría una historia de hadas, narraciones que le gustaban extraordinariamente. Accedió el chiquillo; pero la criada le desnudó, desnudándose ella también y haciéndole que se echase encima. Recuerda el citado individuo que en aquella ocasión experimentó unas cosquillas en sus partes genitales que hasta entonces no había observado, y cuando ella debía haber gozado ya sexualmente, el niño empezó a sentir un intenso placer que le impulsaba a frotar su sexo contra el de su iniciadora. Inmediatamente, antes de percibir el orgasmo, volvió a reanudarse la corriente de agua, cuyo ruido se percibía claramente desde la habitación inmediata a la cocina.

Refiere que en otras ocasiones posteriores repitió el mismo juego con la sirvienta; pero que, aunque se excitaba, no volvió a sentir ninguna sensación tan completa como la del primer día, hasta unos años más tarde, a los once o doce. Esto ocurrió al entrar en el cuarto de la criada para buscar un libro—era otra sirvienta—en el preciso instante en que oyó correr el grifo de la fuente. Inmediatamente recordó la primitiva emoción sexual y las circunstancias en que tuvo lugar, y a partir de entonces no le fué posible practicar el coito como no oyese el ruido de un chorro de agua al chocar con una superficie sólida. Se ha casado, y su esposa, mujer inteligente y comprensiva, ya sabe lo que tiene que hacer cuando quiere excitarle: abrir el grifo de la fuente.

En un caso parecido, puesto que se trata de otro niño y una sirvienta, el fetiche lo constituía la visión de un viejo mapa-mundi que había colgado en un cuarto destinado a los chismes viejos. La criada practicó la *fellatio* con la criatura, durante cuyo tiempo no dejó de mirar el mapa, hasta que sobrevino el orgasmo. Esto ocurría cuando tenía trece años. Más tarde se masturbó delante del mapa, y en distintas ocasiones en que tuvo sueños eróticos siempre se le apa-

recía el mismo objeto. En las casas de prostitución de Bilbao era conocido por el remoquete de *el del mapa*, pues siempre llevaba uno pequeño en el bolsillo, que acostumbraba a extender sobre la almohada de la cama mientras tenía lugar el acto sexual.

Roubaud menciona el caso del hijo de un general, iniciado sexualmente a la edad de catorce años, por una joven rubia, la cual, con el fin de evitar sorpresas, no se desnudaba del todo, quedándose con las botas, el sostén y una bata de seda. Una vez que el muchacho acabó sus estudios, y fué enviado a una guarnición, donde podía disfrutar de entera libertad, se encontró con que sólo despertaban en él deseos sexuales las rubias vestidas de la manera que solía estarlo la que lo inició. En vista de ello, renunció al matrimonio, puesto que una mujer en traje de dormir le causaba impotencia.

La primera impresión fetichista del calzado de Rétif de la Bretonne, la percibió a la edad de cuatro años, al fijarse en el pie de una joven vecina suya, que solía acariciarle con frecuencia. Todos estos episodios de su vida infantil los refiere con absoluta sinceridad en "Monsieur Nicolás". Afirma que fué sexualmente precoz, pues a la edad de nueve años ya concentraba sus pensamientos en las muchachas, aunque no se atreviera a acercarse a ellas. Le gustaban las que eran más limpias, y particularmente una de una ciudad próxima a la suya, "cuyos aparatos eran a la moda y tenían hebillas". Confiesa que su admiración por los pies bien calzados era tanta, que ya desde pequeño no encontraba más belleza en la mujer que la de sus zapatos.

Uno de sus biógrafos afirma que aunque Rétif era un neurótico, aunque no extremadamente, su fetichismo del calzado, muy pronunciado, no era patológico, "porque el zapato en sí mismo, no constituía satisfacción adecuada del impulso sexual, sino tan sólo un auxilio importante para la tumescencia, un preludio del punto culminante natural de la de tumescencia; tan sólo ocasionalmente y falto de medios, en ausencia de la persona amada, era el zapato algo así como un anexo de la masturbación". En efecto, prescindiendo de esos momentos, por lo demás, era un hombre normal, puesto que llevaba a cabo el acto genésico completamente. Ahora bien, y aquí está la anomalía, jamás pudo tener relaciones íntimas con una mujer como no estuviese calzada, bien porque las excitaciones no fuesen suficientes, o también porque las sensaciones voluptuosas fuesen tan efímeras que le dejaban insatisfecho.

No es posible dejar de descubrir en algunos detalles de su auto-

biografía la influencia poderosa de ciertos estados neuropáticos, lo que pudiéramos llamar ataques agudos, al comprobar que sus descripciones amorosas más exaltadas se refieran al calzado más que a la mujer.

Dice él mismo que, en una ocasión, vió en el escaparate de una zapatería un precioso par de zapatos confeccionados para una señorita a la que amaba de lejos; cuando supo quién era la dueña, refiere que el rubor encendió sus mejillas, y casi se desmayó de placer. Aunque a la joven la había visto en varias ocasiones, jamás experimentó esa emoción voluptuosa tan intensa, lo que demuestra, de una manera clara, la existencia de la neurosis de una manera episódica. En el año de 1749, cuando tenía catorce años, se sintió atraído por una joven mayor que él, a la que quitó una zapatilla con el amor secreto. Poco después se apoderó de un zapato que le había fascinado estando en el pie de ella, y, a juzgar por lo que dice, lo empleó en masturbarse.

En uno de sus libros, habla extensamente del amor vehemente que profesaba a Colette Parangón, cuando él tenía diecisiete años, y ella era la joven y virtuosa esposa de un impresor al cual servía de aprendiz, y en cuya casa vivía Rétif de la Bretonne. A juzgar por lo que el novelista dice de ella, se trataba de una mujer muy bella y bastante desgraciada en su matrimonio, que profesaba a Rétif el amor que a una mujer honesta puede inspirar un niño. "Madame Parangón—dice—tenía un encanto al cual jamás pude resistir: un pie pequeño, es un encanto que despierta algo más que ternura. Sus zapatos, hechos en París, tenían esa voluptuosa elegancia que parece darles alma y vida. Unas veces, llevaba Colette zapatos de sencillo druguete blanco o con flores de plata; otras, zapatillas de color de rosa, con tacones verdes, o verdes con tacones rosa; su bien formado pie, lejos de estropear el calzado, aumentaba su gracia y hacía que su forma resultase más excitante." Un día la vió cambiarse los zapatos que había llevado en la calle para calzarse unas zapatillas. "Tan pronto como abandonó la habitación—prosigue—, arrastrado por la pasión más impetuosa, e idolatrando a Colette, me pareció verla y tocarla manejando aquello que acababa de llevar puesto; mis labios oprimieron una de aquellas joyas, en tanto que la otra, extraviando la sagrada finalidad de la naturaleza, reemplazaba el objeto del sexo (no puedo expresarme con más claridad). El calor que comunicó ella al insensible objeto que había tocado, se conservaba aún, y le daba un alma; una nube voluptuosa cubrió mis ojos." Su

pasión por aquella mujer, y muy particularmente, como vemos, por su calzado, puesto que nunca llegó a poseerla carnalmente, llegó hasta el extremo de desear que, cuando él muriese, enterraran con su cuerpo una zapatilla de madame Parangón.

Desde el punto de vista psicológico, el tipo de fetichista más extraño es el neurópata de exagerada moral, que elabora símbolos negativos. Estos símbolos le excitan sexualmente, hasta el punto de que, en virtud de su concepto de la moralidad, estima que a todos los seres puede producir el mismo efecto la moralidad, estima que a todos los seres puede producir el mismo efecto desmoralizador la contemplación de escenas u objetos que a él le emocionan. Estos individuos son, seguramente, los más desdichados y también los más inofensivos fetichistas. Su fetichismo negativo se contiene, como el positivo, dentro de los límites más amplios. Un individuo de cuarenta años se excitaba sexualmente cuando, en días lluviosos, veía a una mujer vistiendo uno de esos impermeables de caucholina transparente de colores, que estuvieron en moda hace un par de años y que aún usan muchas jóvenes. Este neurópata, de elevada posición social, acostumbraba a pasear en automóvil por las calles de Madrid en días de llúvia, y cada vez que veía a una mujer con esta clase de impermeable; marchaba lentamente, pegando el vehículo a la acera sin dejar de mirar a la mujer, hasta que conseguía el orgasmo. Otras veces se estacionaba a la puerta de los almacenes y talleres donde trabajaban muchachas, y cuando veía a alguna con impermeable, la invitaba a subir al coche de una manera muy amable.

Si la muchacha accedía, lo que era muy frecuente, la hacía sentar a su lado, hablando mientras tanto de cosas triviales. Una joven empleada en una oficina de la Avenida de Pi y Margall, que le acompañó varias veces, dice que jamás se tomó con ella la menor libertad, y que tardó mucho tiempo en advertir la perversión de tan extraño personaje. Un día, como hiciera calor, al entrar en el vehículo intentó despojarse del impermeable, a lo que se opuso su amigo, diciéndola que le gustaba mucho verla vestida con dicha prenda, por lo que le rogaba que no se le quitara. La condujo al paseo de la Castellana, con objeto de darle unas lecciones prácticas de conducción del automóvil, explicándola prácticamente el manejo de la dirección, aunque sin dejar él el puesto de los mandos, lo que, dadas las características del coche, hacía que ambos fuesen muy juntos.

Nada de esto extrañó a la joven, ya que jamás la había tocado como no fuera la mano al saludarla; pero al intentar recogerse el

impermeable, por temor a que pudiera mancharse, vió que el individuo tenía el pene al descubierto, y pasando sobre el órgano una punta del impermeable. Nada le dijo, y pretextando una necesidad que podía evacuar en casa de una amiga que vivía cerca de donde estaban, descendió del vehículo y desapareció.

Hasta aquí, vemos que el fetichismo de los impermeables era un caso natural, desde el punto de vista de la anormalidad; pero no es esto sólo. El individuo en cuestión penetró un día en un establecimiento de confecciones, y al ver en el escaparate varios maniquíes con impermeables de diversos colores, dijo al dependiente que le atendía que la exhibición de aquellos modelos la consideraba como una inmoralidad. Al principio, el dependiente lo tomó a broma, pues tenía alguna confianza con este señor, y no hizo caso. Pero el neurópata insistió tanto, que se enzarzaron en una discusión acalorada en la que las palabras "inmoralidad, porquería, desvergüenza, etc.", proferidas por el anormal revelaban claramente su concepto moral acerca de la exposición de tan inocentes prendas en los escaparates.

Otro individuo que se sentía excitado con sólo ver un traje de baño, dirigió una carta al dueño de un establecimiento para rogarle, "en nombre de la moral y de las buenas costumbres", que retirase de los escaparates los modelos de *maillots* que tenía expuestos. Un alcalde de un pueblo ordenó que las prendas blancas interiores femeninas no se tendiesen a secar en la vía pública, sino en los patios o, mejor aún, en las inmediaciones del río. Se comprobó que esta autoridad tan puritana, no era en el fondo más que un fetichista de la ropa femenina. Permaneció célibe toda su vida, y acostumbraba a acostarse con una prenda femenina cualquiera, con preferencia una camisa. Cuando murió se encontraron en un baúl numerosas prendas interiores de mujer y bastantes catálogos de lencería que solicitaba de los almacenes importantes de varias ciudades de Europa.

Vulgarmente, puede decirse de estos individuos que constituyen el tipo del perfecto hipócrita. No obstante, yo he conocido a un fetichista de esta clase, hombre absolutamente sincero en todos los aspectos de su vida, pero que, en lo tocante a su perversión, estaba sometido a la misma deformación de la moral aunque comprendiéndolo sin reservas. Su fetichismo era tan extraño, que se refería a las carrocerías de los automóviles. Su placer mayor consistía en pasar la mano por la parte posterior de los coches, "que le recordaban las nalgas de una mujer"; pero, sin embargo, no se sentía atraído por esa parte del cuerpo femenino. Condenaba con acritud la tendencia



FETICHISMO DE LA IMPOSIBILIDAD DEL ACTO

Hay fetichistas neurópatas que sólo experimentan emociones sexuales imaginándose que es imposible realizar el acto sexual con una mujer a causa de cualquier impedimento mecánico. Este fetichismo parece ser una reminiscencia del empleo de los célebres cinturones de castidad de la Edad Media, lo que hace pensar si estos fetichistas serán descendientes de aquellos magnates que, enamorados de una mujer, se veían imposibilitados de cometer el adulterio en virtud de las severas precauciones adoptadas por los esposos.

LAMINA III



FETICHISMO DEL PEINADO

Los pueblos salvajes desconocen el fetichismo erótico del cabello, tan frecuente entre los civilizados, pero, en cambio, el peinado de las mujeres representa un símbolo sexual.

LAMINA IV

de las fábricas de automóviles, de acuerdo con los gustos modernos, por haber introducido la innovación de la línea aerodinámica. Reconocía que era un enfermo, y aunque intentó ponerse en tratamiento, no pudo conseguirlo. Me refieren el caso parecido de un hombre que se excitaba sexualmente, llegando algunas veces al orgasmo, viendo la popa de los buques modernos, que también le recordaban el trasero de una mujer. A diferencia del anterior, era un auténtico fetichista de las nalgas, y con preferencia aún por las de las mujeres que presentaban exagerados caracteres de esteatopigia, o sea el desarrollo anormal de la parte posterior del cuerpo.

Una de las manifestaciones fetichistas más frecuentes en las mujeres es la *cleptomanía*, o sea la afición a apoderarse de pequeños objetos; este aspecto ya lo hemos estudiado en otro volumen en sus relaciones con la menstruación y otros estados particulares de la mujer.

Antiguamente, se creía que la mujer no estaba sometida, como el hombre, a los fenómenos del simbolismo erótico, y hasta que Lacassagne no refirió varios casos clínicos, ningún autor concedió importancia a dichas manifestaciones anormales de la sexualidad femenina. Esto no quiere decir que no se conociese la cleptomanía como un impulso injustificado a robar, que es siempre el resultado de la degeneración mental; lo ignorado era que existiese una cleptomanía del simbolismo erótico que, en muchos casos, no está asociada a ese grado de degeneración, manifestándose sólo cuando se trata de la apropiación de objetos que la mujer estima como fetiches sexuales. Casi puede decirse que ninguna cleptómana fetichista se siente impulsada a robar durante los estados menstruales, que es lo más frecuente, sino que, en realidad, sólo comete estos pequeños delitos como obedeciendo a una necesidad imperiosa, pues si ese objeto que roba se lo ofrecieran, el fetiche perdería en absoluto todo interés erótico.

El Dr. Howard, en los Estados Unidos, parece ser el primero que dió la clave fetichista que explica este grupo de casos, al decir de Havelock Ellis. Dice que una joven, de veintisiete años de edad, de buena familia y excelente reputación, que hasta aquel tiempo no había experimentado emociones sexuales definidas, encontró una noche en una elegante residencia de verano a un joven muy simpático, que le demostró singular deferencia. Flirteó con él, hasta cierto punto, y en el curso de la noche observó, sin que esto la causara sentimientos especiales, que estaba él enseñando, sin darse cuenta, la

liga azul que sujetaba su pantalón de seda. Al volver a su casa aquella noche, tuvo por primera vez en su vida sueños eróticos que, empezando con la visualidad subconsciente de la liga azul, conducían a la visión de la virilidad masculina. Siguieron a esto ensueños eróticos de día; pero eran poco satisfactorios, por la imposibilidad de formarse una idea exacta del hombre que llevaba la liga. Un día entró en una tienda para comprarle un regalo a una amiga, y vió un duplicado exacto de su fetiche. Inmediatamente se apropió la liga, y, al volver a su casa, empezó a acariciarla, y muy pronto se vió masturbándose con ella. Esta masturbación fetichista continuó; pero el auxilio de la liga era necesario siempre, necesitando para conseguir el orgasmo cada vez una liga nueva. Por tanto, era indispensable conseguir la liga de una manera invisible y subrepticia, equivalente a su entrevista clandestina con su ideal; una liga comprada no hubiera surtido efecto sexual. Por último, fué detenida al sustraer una liga, y al estudiar el caso, halló su familia que tenía una gran colección de ligas en su poder. Sus actos se calificaron de marcada cleptomanía, y ella guardó su secreto. (W. L. Howard.)

En un comercio de mercería fué detenida una muchacha de dieciocho años en el momento en que se apoderaba de un paquete de muestras de telas de seda. Manifestó al principio que quería las muestras para hacer unos adornos, y que las tomó creyendo que no tenían ningún valor ni ocasionaría perjuicios. Un médico, que casualmente se encontraba en el establecimiento, procuró enterarse de aquel caso, para lo que se valió de su amistad con el médico de cabecera de la familia de la muchacha. Pudo comprobar que la joven utilizaba los pequeños trozos de seda para frotarse la vulva, obteniendo el orgasmo por medio de este procedimiento masturbatorio. Afirmaba la joven que experimentaba un indecible placer sintiendo la suavidad de la seda sobre sus genitales, y que la sensación final era un accidente que no la importaba tanto como las emociones preliminares. Un caso parecido es el siguiente que cita el Dr. Dupouy: "Cuando puedo coger seda—le escribe una señora—me siento embriagada, tiemblo, pero no de temor, pues no pienso, en modo alguno, en lo horrible del acto que acabo de cometer, sino en una cosa sola; voy a un rincón, y la estrujo a mi gusto, y tengo entonces sentimientos voluptuosos mucho mayores que los que experimento con el padre de mis hijos."

El fetichismo de las telas es muy frecuente en las mujeres, obedeciendo, por lo común, a emociones sexuales experimentadas en

virtud de la masturbación, ya que es muy raro, como en las demás modalidades del fetichismo, que una mujer habituada al comercio sexual normal experimente excitaciones de esta naturaleza. En muchos casos, es el roce de los órganos genitales con cualquier prenda de vestir lo que produce el mecanismo de la excitación, especialmente si se trata de tejidos ásperos o muy blandos.

El hombre también muestra estas preferencias fetichistas, con la particularidad de que las prendas han de ser robadas. En unos tendederos de ropa de un lavadero se advirtió la falta de varias prendas de mujer, especialmente sostenes, bragas y camisas. Se denunció el hecho a las autoridades, y un día fué detenido un jefe del Ejército en el momento en que se apoderaba de dos sostenes y una camisa. Registrado su domicilio, se encontraron numerosas prendas, algunas de las cuales presentaban manchas de licor seminal, lo que indicaba que el fetichista las había utilizado para masturbarse.

Dice un autor que las materias que sirven de fetiche son, generalmente, las pieles y el terciopelo. Incluye también a las plumas, la seda y los cueros, haciendo observar que todas estas materias son productos animales. El caso de Sacher-Masoch, ya referido, es el más característico del simbolismo de las pieles. Todas estas materias se refieren al fetichismo del tacto, aunque las pieles curtidas afectan principalmente al olfato. Un individuo de buena posición social y muy inteligente, gustaba de frecuentar un taller de zapatería para oler los curtidos, lo que le producía gran excitación sexual.

Los fetichistas perversos más peligrosos, a los que nos referiremos más adelante, son los cortadores de trenzas, los sádicos que gozan quemando, manchando o haciendo cortes en los vestidos de las mujeres, ya estudiados; los escatófagos o comedores de excrementos, etc. Suelen ser casi siempre grandes cínicos, que no se detienen por nada en la busca de sus fetiches. El caso de un individuo que desenterró un cadáver de mujer para apoderarse de una blusa de seda con que la habían amortajado, es un caso típico de fetichismo perverso. Otro desenterró a una niña de doce años para cortarle el cabello que tenía peinado en bucles. Ambos casos no tienen nada que ver con la necrofilia o amor a los cadáveres, pues dichos individuos no se sintieron nunca atraídos sexualmente por las mujeres a quienes pertenecieron los fetiches.

Un caso de perversidad fetichista homosexual es el siguiente: Un sujeto neuropático, homosexual activo, terminó por ser impoten-

te. Sólo le excitaba el imaginarse que un amigo suyo, invertido pasivo, se introducía en el ano un barrote de hierro de cinco centímetros de diámetro. Un día le ofreció una fuerte suma por tener relaciones con él, y cuando accedió, le introdujo repentinamente en el recto un cilindro de hierro, produciéndole lesiones de importancia. El asunto no trascendió a fuerza de dinero; pero desde entonces el degenerado se consideró feliz besando y acariciando el trozo de metal. Dijo a un médico que no quería curarse de su perversión, porque estaba seguro de que la curación acabaría con unos deleites que no podría experimentar de otra forma. Tres meses más tarde ingresó en un manicomio, y a los pocos días apareció muerto en su celda, a consecuencia de una congestión cerebral.

LOS CORTADORES DE TRENZAS

El simbolismo del cabello, perversión de los civilizados.—Sus bases naturales.—Simbolismo sexual del peinado.—El color.—Un caso de fetichismo universal del cabello.—La proposición del alcalde de Almendralejo.—Fetiches eróticos.—La emoción de los cortadores de trenzas.—Confesión de un fetichista.—Uno que cortó sesenta trenzas.—El impulso irresistible.—Un caso célebre.—La opinión de los médicos legalistas.

El fetichismo del cabello es frecuente en todos los países civilizados, no observándose nunca en los salvajes. De los civilizados conviene excluír al Japón, hecho que acaso pueda explicarse por la fuerte aspereza del pelo de los japoneses que, en algunos individuos ofrece la consistencia de la crin.

El cabello no es siempre un símbolo sexual; la madre que guarda un mechón de pelo de su hijo, no puede decirse que lo haga impulsada por un motivo erótico. Es muy frecuente también que, cuando muere una joven de hermosa cabellera, sus deudos cuiden de cortarle sus trenzas para conservarlas como un verdadero fetiche en el que llega a condensarse todo el cariño que en vida inspiró la muerta.

Hay que observar un curioso contraste que, a pesar de su sencillez, no ha merecido la atención de los tratadistas: nos referimos al asco que puede inspirar un solo cabello, aunque pertenezca a la persona sexualmente amada, cuando se advierte su presencia en la comida, o bien cuando casualmente impresiona las papilas nerviosas linguales o labiales, aunque si este contacto se efectúa voluntariamente, no ocurre sino todo lo contrario, es decir, que puede obrar a manera de excitante sexual o simplemente sentimental.

En la atracción ejercida por el cabello entran todos los sentidos, a excepción del del gusto; el del oído, aunque parezca extraño, es, en algunos individuos, la clave de todo el simbolismo.

Es un fetiche de materia y, además, un producto animal y hu-

mano que puede separarse del cuerpo. Claro es que, desde el momento en que puede ser aislado del cuerpo, pasa a ocupar casi el mismo lugar que puede asignarse a las prendas de vestir, por lo que debe afirmarse que, desde el punto de vista psicológico, el fetichismo del cabello no ofrece ningún problema especial.

Cuando hemos hablado de la selección sexual, se ha visto la gran importancia que tiene, sobre todo, el color del pelo, no siendo menor la del peinado. En este punto, especialmente, es donde puede observarse un relativo fetichismo de los pueblos salvajes. Los peinados monumentales de las chinas y japonesas, tan cantados por sus poetas, no se refieren para nada al simbolismo del cabello, según lo entendemos los occidentales; se los elogia como un signo de distinción, de habilidad o de belleza; pero a ningún chino ni japonés se le ocurre conservar la imagen del peinado para encontrar en su admiración un excitante sexual.

En el centro de Africa, especialmente en la Costa de Marfil y en el Alto Volta, es donde la admiración del peinado como motivo sexual alcanza caracteres más destacados. No importa la belleza del rostro de una mujer, tanto como el arte que pone en la confección de su peinado (lámina IV).

Ocurre lo mismo con los hombres. Un guerrero ha de ser muy valeroso, que es el carácter esencial del atractivo que los hombres tienen para las mujeres, pero como no adorne sus cualidades morales con las estéticas de un peinado caprichoso, le será muy difícil encontrar una joven que quiera ser su esposa.

No obstante, el cabello en sí no inspira la menor emoción, por muy abundante y delicado que sea, ni tampoco su perfume. No pasa de ser un adorno que necesariamente ha de formar parte del cuerpo, y su importancia no es mucho mayor que la de los abalorios, joyas, cintas de colorines y otros ornamentos semejantes.

Entre los civilizados, el color representa una de las características esenciales de la atracción, porque a este detalle se asocia casi siempre el volumen del temperamento sexual. En España, por ejemplo, se cree que una mujer de cabello muy negro ha de ser más sensual que una rubia; lo que, como ya hemos dicho en otro volumen, no deja de ser un error, ya que, en infinitos casos, ocurre todo lo contrario. En Alemania, quizá mejor orientados en este sentido, son los colores luminosos los que más llaman la atención. Bloch dice, refiriéndose a Alemania, que "lo principal es el color, especialmente el rubio y el rojo cobrizo que, sin dudada alguna,

ocupan el puesto preeminente entre los fetiches sexuales, lo que sucedía ya en tiempos de los emperadores romanos". Un autor alemán, Grisebach, decía que "el cabello rubio es la planta más tierna y dulce que crece sobre la carne tan dulce", y en sentido idéntico se han expresado muchos novelistas, poetas y comediógrafos teutones.

El olor de una cabellera limpia, su suavidad y la ondulación de la misma, son magníficos excitantes aun en el amor normal de los civilizados. Esta admiración por el cabello femenino se presenta dentro de bases que deben considerarse perfectamente lógicas, como pueda serlo la atracción de otros caracteres. No sólo se observa en el hombre, sino que también la mujer invertida, como estado sexual equivalente al masculino, puede sentirse atraída por este aspecto, en cuyo caso, la admiración ya es francamente fetichista y morbosa. Gabriel D'Annunzio, en su novela "El placer", escribe:

"—¿Te acuerdas—preguntó donna Francesca a su amiga donna María—de cuando en el colegio todas queríamos peinarte? ¡Cuántas disputas había por esto todos los días! ¡Figúrate, Andrés, que hasta llegó a correr la sangre! Nunca se me olvidará la escena entre Carlota Flordelis y Gabriela Vanni. El peinar a María Bandinelli fué una obsesión que se apoderó de todas las colegialas, grandes y pequeñas. Todo el colegio se contagió de nuestra manía, y de nada sirvieron las amonestaciones, sermones y severos castigos; hasta llegaron a amenazarnos con cortarnos el pelo. ¿Te acuerdas, María? La negra serpiente que te colgaba hasta los tobillos nos tenía fascinadas. ¡Cuántas lágrimas apasionadas por las noches! ¿Y cuando Gabriela Vanni, llevada de celos, te dió traidoramente aquel tijeretazo? Gabriela había perdido materialmente el juicio. ¿Te acuerdas todavía?...

"Andrés pensó que ninguna de sus amigas había tenido tan opulenta cabellera, un bosque tan negro y tan tupido para perderse en él. La historia de todas aquellas muchachas enamoradas de una trenza, dominadas por la pasión y los celos, que ardían en deseos de poner el peine y las manos en aquel tesoro viviente, le pareció un episodio poético y encantador de la vida del claustro."

La fascinación que ejerce el cabello fundamento del fetichismo, suele comenzar en edad muy temprana. "El cabello es objeto de singular interés en los niños—dice Stanley Hall—, y comienza a veces al finalizar el primer año. El cabello, sin duda alguna, proporciona sensaciones táctiles únicas, lo mismo en la raíz que en las

manos, y es plástico y responde al sentido motor, de suerte que el primer interés que despierta puede parecerse al de las pieles, que son cosas muy notables para los niños." La base natural en que descansa el fetichismo del cabello, se contiene en el caso siguiente citado por un médico francés. "Hace algunos años—dice—se veía constantemente en un baile de París a una joven nada agraciada, pero cuyos negros cabellos tenían notable longitud, llevándolos sueltos por la espalda. Los hombres la seguían no pocas veces en la calle para besar o tocar sus cabellos. Otros la acompañaban a su casa, y le pagaban por el mero placer de tocar y de besar las largas trenzas negras. Uno, a cambio de una cantidad relativamente considerable, expresó el deseo de violar los sedosos cabellos. Estaba obligada a no descuidarse, y a tomar todo género de precauciones para evitar que alguien le cortase aquel adorno, que constituía toda su belleza, así como su único medio de vida." (E. Laurent, "L'amour morbide", 1891.)

No hace mucho tiempo, una joven de provincias, que vino a Madrid acompañada de sus padres, recibió una carta de un individuo que decía ser representante de una casa cinematográfica, en la cual le pedía hora para una entrevista, a fin de hablar a sus padres de un asunto que pudiera interesarle. La muchacha, que tenía una espléndida cabellera rubia peinada en dos gruesas y largas trenzas, recibió la proposición encantada, puesto que se la prometía por el individuo filmar unos metros de película con el fin de remitirlos a la casa central que decía estar en París. En efecto, tomó varias visitas, de forma que él colocaba el pelo en la disposición que le parecía más apropiada, y en un momento en que los padres de la joven no le veían, hundió el rostro en la hermosa cabellera. El hecho fué advertido por la muchacha que, no pudiendo contenerse, le recriminó duramente su proceder, no tomando otra determinación por no provocar un escándalo.

Los forasteros no volvieron a tener noticias del cineasta durante varios días, hasta que no leyeron en un periódico que había sido detenido en Barcelona por haber cometido actos inmorales en la vía pública, actos que seguramente se relacionaban con su perversión.

Esta perversión adquiere en muchos casos una gravedad social importante, puesto que la exaltación del amor por el cabello lleva a estos neurópatas al extremo de cortar las trenzas o el cabello suelto, no dándose los dos casos en el mismo individuo, es decir, que el que corta pelo suelto no lo hace lo mismo cuando está peinado en trenzas.

Modernamente, con la moda del pelo en melena, los "cortadores de trenzas" puede decirse que han desaparecido. Recuerdo que en el año 1928, que es cuando se extendió por España la moda francesa del peinado femenino a lo *garçon*, un incidente municipal dió ocasión a que se manifestase de una manera colectiva, por decirlo así, el fetichismo universal del cabello. Este incidente tuvo lugar en Almendralejo, bella ciudad de la provincia de Badajoz, cuyo alcalde entonces, don Francisco Montero de Espinosa, alcanzó una popularidad insospechada, pues recibió cartas de los civilizados de las cinco partes del mundo.

En una sesión municipal en que se discutían los presupuestos, después de haber examinado todas las fuentes de ingresos habidas y por haber, resultaba que el capítulo de ingresos no era lo abundante que querían los ediles. En esto, y en tono humorístico, el alcalde tuvo la ocurrencia de proponer:

"—No veo el medio de arbitrar un céntimo más, a no ser que creemos un impuesto sobre las melenas y las faldas cortas."

Hubo un corresponsal del periódico madrileño *El Sol* que transmitió la noticia de que en la sesión del Ayuntamiento, "el alcalde había propuesto la creación de un arbitrio a satisfacer por las mujeres que se cortasen el pelo y las faldas", y como siempre ha sido cierto el aforismo que dice que las pequeñas causas producen grandes efectos, de ahí que los periódicos levantasen una polvareda de escándalo en torno a la frase alcaldicia que, como la bola de nieve, rodó por la Prensa de todo el mundo, bien corregida y más aumentada.

Inmediatamente, empezaron a llegar cartas, unas de protesta y las más de aplauso, en las que se cantaban en todos los tonos los encantos del cabello femenino que la tiranía de la moda destrozaba a golpe de tijera. Unos hablaban en nombre de la tradición; otros, en el de la estética, y muchos aseguraban que la mujer perdería, con el cabello, toda su feminidad, no diferenciándose en nada de los invertidos. A pesar de todo, la moda siguió su curso, y la mujer desmintió a Schopenhauer cuando dijo de ella que "es un animal de ideas cortas y cabellos largos". Los fetichistas del cabello, normales todos, seguramente, recibieron una puñalada en su concepto de la belleza femenina o de su antiquísimo adorno capilar.

Hasta entonces, existió el fetichista cortador de trenzas, cuyos

orígenes los remonta un autor al siglo XVIII, en que floreció el culto sexual a las reliquias capilares, "época de la sensiblería". No sólo se conservaba el cabello de la mujer, sino que los amantes dieron en la manía de cambiarse mechones de vello púbico como puros fetiches eróticos.

En París es donde se han registrado con más abundancia las hazañas de los cortadores de trenzas, que durante mucho tiempo ocuparon la atención de los magistrados y médicos legistas. También Berlín ha sido teatro de las actividades de estos neurópatas, que siempre obran bajo las influencias de impulsos irresistibles, a veces con matices sádicos, aunque lo más frecuente es que el sadismo no represente la perversión principal, por lo que cabe afirmar que se trata de fetichistas puros; no conozco más que un caso de sadismo en un cortador de trenzas, y aun tampoco es posible que se tratase de un fetichista. Omito la narración del caso, por no poseer datos suficientes.

La excitación sexual y la eyaculación suelen producirse en el cortador de trenzas en el momento de tocar o cortar el cabello, que después sigue empleándose para la masturbación. Es raro que se sientan atraídos por los peluquines de los maniquíes o los cabellos expuestos en los escaparates de las peluquerías: tienen que estar en un cuerpo vivo, aunque se han registrado casos en que se desenterraron cadáveres para apoderarse de la cabellera. La aparición de este impulso, según un tratadista, ocurre con frecuencia a raíz de unas calenturas. Esto se observó por un médico americano en un joven inteligente, atlético, casado y de buena familia, en el que el impulso a cortar las trenzas de las niñas apareció después de haber sufrido unas calenturas graves. Contemplaba las trenzas con gran interés, siguiendo a las muchachas durante mucho tiempo, y luego las cortaba con gran rapidez; hizo esto más de cincuenta veces antes de ser cogido y preso. Generalmente, se deshacía de los fetiches antes de llegar a su casa.

En un pueblo de la provincia de Santander veraneaba un francés, casado y con hijos, cuyo mayor placer estribaba en cortar pequeños mechones de pelo a las niñas, que después ataba con cintas de seda. No tenía necesidad de cortar más de una docena de cabellos para satisfacer su sexualidad morbosa. Jamás practicó el menor acto deshonesto con las criaturas, pues toda su manía consistía en igualarles el flequillo o las patillas. Las niñas le querían mucho, porque constantemente las obsequiaba con dulces y juguetes.

Un jefe de Policía de París, que practicó personalmente muchas investigaciones acerca de los cortadores del cabello, ha observado numerosos casos de esta naturaleza, recibiendo las confesiones de los degenerados a quienes prendía. Uno le dijo: "Para mí, la mujer no existe; tan sólo me atrae su pelo, cuando es fino y bello. A veces, podría cortarles el pelo inmediatamente. Pero prefiero seguirles durante un rato, ganar tiempo, porque esto aumenta mi placer. Al fin, me decido y corto la extremidad de las trenzas, con lo que me siento feliz."

Un individuo de mala herencia, desde muy niño sintió gran afición a las cabelleras femeninas, hasta el punto de que entró de aprendiz en una peluquería de señoras. Al principio de su estancia en el establecimiento, cuando ya tenía catorce o quince años, se excitaba sexualmente oyendo sólo el ruido que hacían las tijeras al cortar el cabello. Inmediatamente que terminaba de arreglarse la cliente, el muchacho recogía los cabellos, y con el pretexto de irlos a tirar, se apoderaba de un gran puñado, y se cerraba en el retrete, donde tijereteaba aquellos restos, de cuya forma obtenía el orgasmo. Cuando ya había adquirido conocimientos suficientes, empezó por arreglar la cabellera de las niñas; pero esto no le producía sensación, aunque cortaba el cabello. Más tarde, practicó su oficio con mujeres de más edad, y como tampoco experimentase la menor emoción, abandonó la profesión de peluquero de señoras, que había ejercido durante cuatro años; su perversión fetichista había desaparecido, atribuyéndolo a la facilidad que tuvo para practicarla.

El Dr. Mottet, de París, presentó en una sesión de la Sociedad de Medicina legal, la siguiente curiosa observación de un individuo a quien tuvo que reconocer el estado mental:

"Fué detenido en la estación de ómnibus del Trocadero. Después de varias tentativas por aproximarse, en medio de la multitud, a una muchacha que llevaba una larga trenza, terminó por cortársela y echar a correr, pero fué detenido inmediatamente.

"Un registro practicado en su domicilio condujo al descubrimiento de unas sesenta trenzas, clasificadas en varios paquetes, a más de numerosas horquillas y cintas del pelo, que pedía a las mujeres de los alrededores. Reconoció que había cortado las sesenta trenzas a otras tantas muchachas, obedeciendo a una pasión que hacía tres años le dominaba.

"Obsesionado por la idea de tocar las trenzas que veía flotar sobre los hombros de algunas muchachitas, las seguía, y se las cor-

taba en un momento de descuido. Apretando la trenza entre sus manos, echaba a correr hacia su domicilio, donde clasificaba la nueva presa.

"Estos actos se repetían a menudo, separados por intervalos de calma, durante los cuales, avergonzado de lo que había hecho, no se atrevía a salir sólo a la calle, encerrándose en su casa. Cuando había conseguido cortar una trenza, se consideraba un hombre feliz, y cuando fracasaba, retornaba a su domicilio violentamente contrariado.

"Las cabelleras de los escaparates de los peluqueros no le causaban la menor sensación. Lo que le excitaba era ver a un peluquero tener en la mano una cabellera femenina. Si la mujer tenía el pelo sujeto en un moño, no le atraía. Lo que le ponía fuera de sí era ver cabelleras peinadas en forma de trenza."

En una revista de Medicina, el Dr. Laurent refirió el caso de un joven estudiante de Derecho, de instrucción y educación esmeradas, que tenía la manía de cortar unos cuantos pelos a todas las mujeres que le entregaban o vendían sus favores. Coleccionó así un número considerable de mechones de todos los colores. El estudiante los clasificó cuidadosamente y los coleccionó, pretendiendo que le bastaba tocar u oler uno de aquellos mechones, para evocar inmediatamente la imagen de la mujer a que perteneció, para recordar el perfume especial que esparcía en torno suyo y las sensaciones que le produjo. (Citado por el Dr. Chapotin.)

Un periódico alemán publicó hace años la siguiente información, bajo el título "Perversidades ante el Juzgado": "El cortador de trenzas, cuya captura dió tanto que hablar en su día, el estudiante de la Universidad técnica de Charlottenburg, Robert St..., se ha presentado ante el Tribunal de regidores, que presidía el asesor jurídico Förster. De la acusación estaba encargado el abogado del Estado Rohde, y de la defensa el consejero de Justicia Dr. Richard Wolff.

"El procesado nació en Valparaíso, en 1883; se le acusa de haberse aproximado dieciséis veces, desde noviembre a enero, a una porción de muchachas jóvenes que encontraba en la calle, para cortarles las trenzas, que se llevaba; por lo cual se ha hecho culpable de robos, y en doce casos, de maltrato de obra y de ofensa de hecho. Como peritos médicos, estaban citados los consejeros médicos Dr. Hoffman y Dr. Leppmann. La vista fué a puerta cerrada; pero se permitió la asistencia a los representantes de la Prensa.

"A las preguntas del Presidente, contesta el acusado, que vino a Alemania en 1888, y que ha estado en colegios en Thorn, Bergedorff y Hamburgo; en este último se examinó de Bachillerato, y obtuvo un buen certificado de aplicación. Ha demostrado siempre sorprendentes disposiciones para las matemáticas; estudió un semestre en Munich, y ahora está en el sexto; estudia Ingeniería naval, y en octubre último se examinó del preparatorio, para lo que ha tenido que estudiar muchísimo. Confiesa haber cortado deciséis veces las trenzas a muchachas jóvenes en las calles de Berlín. En su casa se encontraron treinta y una trenza.

"Presidente.—¿Tuvo usted, en los años anteriores, semejante afición?

"Acusado.—Una vez cuando tenía dieciséis años, corté por la noche una mechón de pelo a mi hermana, y lo guardé, La admiración por hermosas cabelleras la he tenido siempre; pero, por fin, llegó a ser tan fuerte, que no podía resistirme a ella. Por primera vez le corté un poco de pelo a una joven el día de la entrada de la Kronprinzessin. No sé por qué no pude de repente dominar mi inclinación, que cada día se mostraba más poderosa, principalmente después de un viaje al regreso de América, adonde fuí como maquinista voluntario. El viaje había durado cinco meses; trabajé mucho durante él; en la travesía estuve de muy mal humor y cuando volví, se despertó mucho más potente la inclinación a cortar las trenzas.

"P.—¿Cómo se le manifestó la tentación?

"A.—A menudo, perseguía a las niñas, sin poder realizar mi deseo de poseer su pelo. Entre la muchedumbre que se reunió en Unterderlinden para presenciar la entrada de la princesa, pude conseguir cortar el pelo, sin que se enterara, a una niña que lo llevaba suelto.

"P.—¿Qué hizo usted con aquel pelo?

"A.—Nada.

"P.—¿Qué pensó usted al cortarlo?

"A.—Nada; me lo guardé en el bolsillo.

"P.—¿Cuándo empezó usted a cortar trenzas?

"A.—En noviembre, cuando la entrada del Rey de España. Fué en la plaza de la Opera; la niña no lo advirtió. Yo me quedé muy quieto. La trenza estaba atada con una cintita.

"P.—¿Qué hizo usted con la trenza?

"A.—Destrenzarla en mi casa; peinarla con mucho cuidado y

guardarla en una cajita que tiene un letrero que dice "recuerdo", y que guardo en mi mesa de escribir. Muchas veces he sacado el pelo de esta caja para besarlo y ponerle sobre mi almohada para descansar la cabeza en él.

"P.—¿No se le ocurrió a usted pensar que hacía algo punible y que cometía un atentado contra la propiedad ajena?

"A.—No pensé en ello.

"P.—Si se le levantara la prisión preventiva que está usted sufriendo al volver a verse libre, ¿intentaría usted, de nuevo, lo que hizo?

"A.—Creo que no volvería a hacerlo, porque he visto las consecuencias que me ha traído.

"P.—¿Puede usted garantizar que, en adelante, será más fuerte su voluntad que su inclinación?

"A.—No podría comprometerme a garantizarlo.

"P.—¿No leyó usted que la gente de Berlín estaba muy intranquila por lo de las trenzas cortadas?

"A.—No leí nada.

"P.—¿Cuándo fué usted detenido?

"A.—El 27 de enero. Había cortado a una niña que llevaba dos trenzas, una de ellas; cuando volví a estar cerca de ella, y me disponía a cortarle la otra, fuí detenido.

"P.—¿Es cierto que a cada trenza que usted cortaba le ponía una cinta y un papelito con la fecha, para no confundirla con las otras?

"A.—A veces, lo hice.

"P.—¿Ha tenido usted alguna vez relaciones con una mujer?

"A.—Nunca. Sólo he tenido una fuerte tendencia a poseerla las cabelleras.

"P.—¿Le hubieran gustado también las largas cabelleras si fuesen de hombre?

"A.—Sí.

"Defensor.—¿Ha tenido usted esta afición desde muy niño? Usted me dijo que todavía recuerda el pelo de varias niñas de cuando estuvo en Thorn. Entonces tenía usted ocho años. Me dijo usted que no había vuelto a acordarse de ellas, pero sí de su pelo.

"A.—Es verdad. Las mujeres me son indiferentes: lo mismo me da que sean guapas o feas, jóvenes o viejas. Lo único que me interesa en ellas es su pelo.

"P.—¿Aunque fuera blanco?

"A.—Sólo me gusta el rubio.

(A otra pregunta del Presidente, contesta el acusado que pertenece a un Club académico de gimnasia y a otro de estudiantes castos.)

"Defensor.—El acusado manifestó que, mientras se consagraba al estudio, le parecía que ante sus ojos pasaban trenzas de pelo, y que a veces, en sus meditaciones y sueños, le parecía que las mujeres y niñas de todos los países, que tuvieran hermosa cabellera, le servirían si pudiera despojarles de ella. El acusado se ha sentido siempre preterido entre sus colegas; tenía la idea de estar predestinado a ser algo grande, y sus camaradas se negaban a reconocerlo. El acusado, cuyo padre ha muerto, se ve ayudado por una tercera persona para continuar sus estudios; tiene un hermano que es mayor, y una hermana que padece una enfermedad mental.

"De los testigos citados, sólo fueron tres los que prestaron declaración. Un capitán, von W., a cuya hija le fué cortado parte del pelo un día que paseaba por una calle; dijo que el suceso había tenido muy malas consecuencias para la niña, que desde entonces se halla presa de pavor, y de noche tiene terribles pesadillas, que la hacen gritar, soñando, que la persigue el cortador de trenzas.

"La testigo señora Gall, una antigua conocida de la familia del acusado; describe a éste como hombre de un bondadoso carácter; dice que cuantos le conocen se extrañaron mucho al saber lo que había hecho, y que nunca se le había notado esa predilección por el pelo extraño. En los últimos tiempos, estaba visiblemente agotado por exceso de trabajo y muy distraído; por lo demás, nunca se le veía alegre ni animado, como la generalidad de los jóvenes. Otras declaraciones de la testigo, referentes a antecedentes de familia, hicieron ver que el acusado sufría bajo el peso de cargas heredadas.

"El estudiante Schmeding, presidente del Club para el mantenimiento de la pureza de las costumbres, declara que la comunidad de ideas le había hecho conocer mejor al procesado, que dice es de bondadoso carácter, pero un hombre reservado, soñador y melancólico, que desconoce por completo el buen humor.

"Perito médico Dr. Hoffmann.—En este caso, se trata de una manifestación especial del instinto sexual, que, si bien no exime por completo de responsabilidad, hay que reconocer que en el acusado, desde su niñez, le ha alejado de la normalidad. El procesado es

un iluso, un visionario, que no se cree comprendido; se imagina que puede hacerse invisible y construirse un palacio cuyas paredes adornará con trenzas de la cabellera de muchísimas jóvenes. Además, tiene "antecedentes enfermizos por herencia", y el reconocimiento físico ha probado una porción de signos de degeneración. Como será difícil que el acusado pueda tener la fuerza de voluntad necesaria para imponerse a su instinto, procede se le interne en un manicomio para que allí sea sometido a tratamiento.

Consejero médico Dr. Leppmann.—El caso que nos ocupa es sumamente extraño. El acusado es un enfermo por herencia y un degenerado, que muestra visibles signos de ello. El acusado, al llevar a cabo los actos delictivos que han motivado este proceso, estaba enfermo mentalmente, y ahora mismo lo está todavía. Krafft-Ebing y el Dr. Moll conocen pocos casos de esta clase. El libre albedrío del acusado no puede comprobarse; insisto en que ahora mismo no funciona normalmente su cerebro, y, por tanto, hay que tratarle como a un enfermo.

"Abogado del Estado, Rohde.—Si el acusado disfrutara de perfecta mentalidad, tendría que ser severísimamente castigado, porque constituye un enorme peligro de la seguridad pública. No es cierto, como se ha dicho, que el Derecho penal no prevea este caso; objetivamente existe una innegable ofensa, lo mismo que maltrato de obra y hasta un delito de hurto en los hechos de que está acusado el procesado; pero los informes de los peritos y algunas importantes declaraciones de los testigos, hacen necesario un veredicto de inculpabilidad.

"Después de breve discusión, manifestó el Presidente:

"—El público sentimiento del Derecho atropellado, exige, como es natural, que hechos semejantes se expíen con un castigo severo; pero éste no puede aplicársele al procesado, que, después de las declaraciones de los peritos, debe ser absuelto, esperando que su familia dispondrá, sin pérdida de tiempo, su ingreso en una casa de salud. Este fallo no agradará, seguramente, a todos; pero, después de las diligencias periciales, no es posible dictar otro."

Dos años después publicó un periódico la siguiente noticia relacionada con el suceso acabado de mencionar: "El cortador de trenzas, que desde hace algún tiempo ha hecho de esta ciudad campo de sus fechorías, fué apresado ayer, resultando ser el mismo que hace dos años fué procesado por la misma causa en Berlín, y en

cuyo domicilio se encontraron treinta y una trenzas. Entonces ingresó en un manicomio. Al salir de este establecimiento fué a vivir con su madre, y se dedicó al comercio. En el reconocimiento practicado en su casa, se encontraron esta vez siete trenzas de niñas. Este joven va a ser recluído definitivamente en un manicomio."

LAS FORMAS MAS EXTRAÑAS DE LA PERVERSION

Las dos personalidades.—El que gozaba clavando zapatos.—Origen de su perversión.—El que odiaba a los curas y las enc nas.—Los guantes de la enfermera.—El simboli mo escatológico.—Su origen normal.—La prueba del amor.—Los comedores de excrementos.—Narcisismo escatológico.—Caso de urolagnia.—La obsesión de un viajante.—La atracción del intestino.—El amor a los ancianos.—Los alimentos simbólicos.—El flan.—Psicología del fetichista.

En la perversión fetichista hay modalidades fácilmente explicables, inofensivas unas y otras altamente perjudiciales para los intereses del individuo y de la sociedad. El fetichista que, besando un zapato, logra la satisfacción de su sexualidad, no hace daño a nadie; pero el incendiario, que sólo se excita viendo llamas provocadas por él, ya es bien distinto del anterior. No obstante, en su vida de relación, en sus ocupaciones o en sus actividades, cualesquiera que sean, no es posible advertir el menor detalle anómalo que induzca a la reserva a las personas que le tratan.

Es que la vida sexual parece impulsada por otro ser, por otro "yo" oculto, que nada tiene que ver con el resto de las expresiones del "yo" social. No cabe duda que hasta los seres normales poseen dos individualidades distintas, las cuales se separan más y son más fácilmente apreciables cuando la anomalía sexual se manifiesta en cualquiera de las numerosas modalidades de que es susceptible la psique.

En un hotel de una ciudad sudamericana, ocurrió un día un lance verdaderamente cómico; todas las mujeres que habían dejado sus zapatos a la puerta de los cuartos que ocupaban, se los encontraron atornillados al pavimento de madera. Aquel hecho, que se creyó era una broma del peor gusto, costó a la propiedad cerca de treinta pares de zapatos femeninos nuevos, pues las damnificadas, puestas

de acuerdo, reclamaron la correspondiente indemnización, ya que aquel calzado había quedado inservible.

Un viajante de una fábrica de calzados, que se hospedaba en el hotel, fué culpado de tan pesada broma, y la Policía lo detuvo. Afortunadamente para él, el jefe de Policía comprendió que se trataba de una persona perfectamente honorable e incapaz de cometer un hecho de tal naturaleza. No obstante, el asunto quedó envuelto en el misterio más impenetrable, y durante muchos días el caso sirvió de tema para los más jocosos comentarios.

A los pocos días, en otro hotel de una ciudad inmediata aparecieron clavados varios zapatos, y entonces el asunto se presentó perfectamente claro a la Policía, pues se solicitó que la gerencia del primer hotel remitiese una lista de los viajeros que habían pernoctado en el establecimiento el día que se descubrió el hecho, lo que dió por resultado comprobar que un acaudalado negociante en ganados, que se hospedó en el hotel primero, había permanecido cuatro días en el segundo, y precisamente en el piso donde aparecieron clavados los zapatos.

No se practicó su detención, aunque las circunstancias dichas autorizaban a la Policía para haberlo hecho; pero se designó a un agente para que vigilase al sospechoso, a cuyo efecto le siguió a otra población.

De acuerdo con los propietarios del tercer hotel, donde seguramente realizaría la misma broma, el policía se puso al acecho durante dos noches, en las cuales no sucedió nada anormal. Pero a la tercera, hacia las tres de la madrugada, vió al negociante que salía de su cuarto, provisto de un berbiquí y un atornillador, quien, después de haber mirado por todas partes, apagó las luces del pasillo, disponiéndose a operar. Fué sorprendido cuando ya había clavado un zapato; el agente le obligó a vestirse rápidamente, y se lo llevó detenido a la Comisaría.

Un inspector le dijo que la broma había de costarle cara, ya que estaba reclamado por dos Juzgados. Nada de esto pareció sorprender al negociante, no replicando a los cargos que se le hacían; pero cuando oyó que sus actos se interpretaban como pesadas y estúpidas bromas, el hombre no pudo contenerse, asegurando que no lo había realizado con ese carácter, sino porque no había podido evitarlo. Como razonase perfectamente en todo, menos en la explicación de sus hazañas, que afirmó haría ante un médico, se requirió la presencia de un facultativo. Se trataba, como habrá comprendido el lector, de un fetichista, pero de tipo sádico, circunstancia que contribuye a complicar más el caso, ya que su intención no era la de hacer sufrir a las propietarias de los zapatos, como generalmente lo hace aquel perverso que mancha o quema prendas de vestir, según hemos visto en el volumen XXXIV, por el placer sexual de hacer daño, sino que el deseo de este enfermo era infligir dolor a los zapatos.

La base secundaria de este fetichismo está en el de los pies. En su imaginación, los pies de las mujeres tenían personalidad propia, y la mujer no era más que una parte secundaria, una especie de apéndice innecesario y eróticamente inútil. Pero no podía sustrarse a la idea de que los zapatos eran un martirio para los pies, aunque jamás le inspiraron el menor sentimiento los pies descalzos. El calzado constituía otro símbolo: como el verdugo de los pies, a los que martirizaba con su opresión constante. Así, pues, su extraña manía de clavar los zapatos era el resultado de sus deseos de venganza contra ellos, a los que, naturalmente, concedía una vida propia y hasta un grado de sensibilidad animal aparente, para sufrir aquel suplicio que les imponía.

Manifestó que, tan pronto había terminado de atornillar los zapatos, marchaba a su habitación, deleitándose con sólo pensar lo que sufrieron los zapatos al ser clavados, y, además, en el disgusto que tendrían al día siguiente ante la impotencia de sus dueñas para desclavarlos y volvérselos a calzar. Dijo que envidiaba a los zapatos, porque abrazaban íntimamente al pie. Muchas noches soñó que se convertía en un par de zapatos, y, aunque comprendía que estaba soñando, se excitaba hasta experimentar el orgasmo genésico. Jamás tuvo relaciones sexuales completas con ninguna mujer, pues el placer que le producía quitarlas los zapatos, condición indispensable para intimar con ellas, era suficiente para obtener el máximo deleite sexual. El origen de su perversión lo explicaba un recuerdo de su infancia; cuando tenía once años, se enamoró de una señorita amiga de sus hermanas mayores, con la que un día salió de paseo. Dice que le produjo gran impresión el momento en que la muchacha empezó a llorar amargamente, porque no pudo calzarse los zapatos que se había quitado por apretarla bastante, lo que la obligó a sentarse en una piedra, cuando estaban en el campo. Verla llorar, le produjo dolor por una parte, y cierto placer por otra, porque aquel llanto era una prueba de debilidad. Era, a la vez, un fetichista del llanto femenino, porque también le excitaba la idea

de que alguna de las dueñas de los zapatos que él clavaba hubiera podido llorar al encontrárselos inservibles.

Vemos, en este caso, la existencia de una complicada asociación de ideas que, como ya se ha dicho, constituye el mecanismo psíquico de todos los fetichismos. En su temperamento sensible, el llanto de aquella mujer amada tuvo que producirle un gran efecto moral. Allí no había más culpable que el calzado, demasiado estrecho, que martirizó a los pies de la adorada. De ahí que brotase su odio a los zapatos, hasta el punto de animarles de vida para después darles muerte.

Otro caso que tiene algunos puntos de semejanza con el anterior, es el de un hombre de veinte años, cuyo padre fué recuido en un manicomio a los dos o tres años de nacer él. Tenía una hermana prostituta y un hermano que había sufrido varios arrestos por cometer atentados contra la moral; la carga hereditaria era evidente.

Leyó en una novela histórica que una hermosa doncella fué martirizada hasta darla muerte en un potro inquisitorial, instrumento de tortura que el escritor decía que estaba construído de madera de encina de unos montes inmediatos a su ciudad natal.

Empezó por enamorarse de aquella infortunada joven, de raza judía, que sufrió el martirio inquisitorial por negarse a satisfacer la lujuria de un eclesiástico que la perseguía incesantemente, sin lograr sus infames propósitos. Varias veces soñó con la judía; pero jamás con que la poseía carnalmente, sino que la amaba con la mayor pureza de sentimientos.

Cuando leyó la novela, pertenecía a una congregación religiosa de jóvenes; pero al adquirir el convencimiento de que su amada, cuatrocientos años más vieja que él, había sido asesinada por los eclesiásticos, empezó a apartarse de las iglesias, y terminó odiando a curas y frailes, incluso a aquellos que conocía de mucho tiempo. Pero su odio enfermizo no terminó aquí: se extendió a la madera de encina y a todos los árboles de esta clase, cuya materia sirvió para confeccionar el potro de tortura en que pereció su amante, hasta el extremo de que en muchas ocasiones fué sorprendido causando daños en los encinares inmediatos a su pueblo. No se decía de él otra cosa, sino que "estaba tan loco como su padre". Un médico, que se tomó interés por este caso, tuvo ocasión de leer unos apuntes del enfermo, en los que exponía con toda claridad su fetichismo negativo sobre los religiosos y las encinas, manifestando que cada vez que imaginaba que infligía dolores de cualquier clase a los curas o a los árboles, se excitaba sexualmente, terminando con la masturbación.

El fetichismo del olfato, muy frecuente, tiene una base normal, ya que en la selección sexual desempeña este sentido un papel muy importante. En virtud de una impresión olfativa cualquiera, percibida en el momento de unas relaciones sexuales, nada tiene de extraño que esa sensación olfativa experimentada en cualquier momento, produzca excitación; pero lo extraño es cuando el simbolismo aparece sin que existan impresiones sensoriales reales, sino puramente imaginativas, es decir, imaginándose que se aspira un olor que no existe.

No es necesario que esos olores, reales o imaginarios, sean agradables para una nariz normal: los más repugnantes pueden producir el mismo efecto, en cuyo caso se verifica la idealización convencional. Esto sucede con los olores de la vulva, los sobacos, el esmegma prepucial, la región interglútea, los pies, etc., que, como casi todas las secreciones humanas, causan repugnancia cuando son aspiradas sin que exista de antemano una inclinación amorosa o sexual hacia el individuo en quien estos olores se advierten. En este caso, está perfectamente explicado el fetichismo normal de los olores, que, por repugnantes que parezcan a la pituitaria de un indiferente, siempre serán insustituibles para el enamorado, ya que no sólo se trata de emanaciones animales y humanas, sino que son producidas en el cuerpo de la persona amada o deseada.

Un individuo tuvo relaciones sexuales con una enfermera, en ocasión de encontrarse en un hospital curándose de las heridas que se produjo en un accidente de automóvil. Lo que más impresionó al herido era el olor de unos guantes de caucho que la enfermera usaba para lavar las heridas, y que acostumbraba a desinfectar en una solución de ácido fénico. El olor del ácido fénico solo o el del caucho aislados, no le producían sensación alguna; pero la mezcla de ambos olores obraban en él a modo de poderoso afrodisíaco, pues aspirar dichas emanaciones y sentirse fuertemente excitado, era todo uno.

Refiere que el primer contacto que tuvo con aquella mujer ocurrió de una manera extraña, no explicándose su audacia, a no ser por haber obedecido a la influencia de un impulso irresistible. Ella había terminado de curarle las lesiones que sufría en un hombro, y al ayudarle a colocar el brazo lesionado en la posición más cómoda, le pasó la mano enguantada por el rostro. Entonces, experimentó una sacudida sexual tan violenta que, sin reparar en que acaso pu-

diera perjudicarse, se levantó rápidamente, cerró la puerta del cuarto, y sin pronunciar una sola palabra, se abalanzó sobre la enfermera, a la que poseyó. Naturalmente, ella no opuso gran resistencia, en cuyo caso el acto no hubiera podido consumarse. Cuando le pidió explicación de su conducta, repuso el herido que aquello ocurriría tantas veces como le curase con aquellos guantes, cuyo olor no podía resistir sin excitarse. La enfermera no hizo nada por desinfectarlos con otro producto, lo que el herido interpretó en la justa medida. Estas relaciones duraron hasta que fué dado de alta; pero al intentar proseguirlas en el cuarto de soltero del automovilista, resultó que el muchacho no se excitó lo más mínimo: a la enfermera se le había olvidado el detalle de llevar a la entrevista unos guantes de caucho desinfectados en ácido fénico.

Al cabo de algún tiempo, terminaron estas relaciones, trasladándose el joven a otra ciudad. Un día que intentó una aventura, no pudo llevarla a cabo, recordando, que sólo aquel extraño perfume de los guantes, era lo que le excitaba. No tuvo medio de componer la extraña mezcla aunque hizo todo lo posible por conseguirlo; pero la imaginación vino en su ayuda, mediante la figuración de que las mujeres con quienes se relacionaba eran enfermeras y tenían puestos guantes que olían como aquellos que tan fuertemente impresionaron las fibras olfativas de su sexualidad, evidentemente desquiciada.

Este fetichismo de los olores y las materias normalmente repugnantes suele afectar en muchos casos a todos los sentidos corporales; se trata del *simbolismo escatológico*, ya que precisamente son los actos y los productos de la micción y la defecación, la *urolagnia* y la *coprolagnia*, o sea la excitación y la satisfacción sexual logradas mediante le ingestión de orina o materias fecales.

Intervienen preferentemente los sentidos de la vista, el olfato y el gusto, y con menos importancia el del oído y el tacto. Hasta cierto punto, puede decirse que sus bases están constituídas por un fenómeno antropológico y etnológico muy general, por lo que no siempre debe afirmarse que la escatología obedece absolutamente a una extraordinaria asociación de ideas de individuos completamente degenerados. En primer lugar, la situación en el cuerpo de las salidas del aparato digestivo y del urinario, tan próximas a las partes sexuales, no cabe duda que origina una asociación íntima de las funciones excretoras y genitales.

Todavía pudiéramos remontarnos muy lejos para explicarnos el

origen de esta perversión fetichista-masoquista, símbolo a la vez de objeto y de acto, sobre todo si hacemos caso de lo que dicen los predicadores ascéticos al tratar de oponerse a la práctica de las funciones sexuales con la razón de que: "Nacemos entre orines, porquerías y materias fecales".

Este sentimiento de asco inspirado por los centros excretorios y los productos fisiológicos que eliminan, es preciso aislarle de las emociones del amor, que es lo que pretenden los ascetas, en cuyo caso, no cabe duda que las materias evacuadas por la uretra y el ano han de ser siempre repugnantes, y hacer que se sienta repulsión al contacto de los órganos sexuales tan próximos a esos orificios. Pero pensemos en el amante apasionado, para quien todos los actos y objetos de su amada significan un cúmulo de encantos, que siempre tratará de idealizar, y entonces se verá que no tiene nada de extraño que esas secreciones simbolicen un acto erótico, no sólo porque pertenecieron a la adorada, y fueron elaboradas en su cuerpo, sino porque, al final, pasaron por esos orificios tan íntimamente unidos al foco sexual, lógico y normal en el amor completo.

Esto no quiere decir que el amante normal tienda a idealizar las funciones fisiológicas más bajas de su amada; pero tampoco puede decirse que permanezca en absoluto indiferente antes esos actos y las materias expulsadas en ellos, lo que indica que el amor, con su tendencia a idealizarlo todo, incluso los más graves defectos, ha ejercido una influencia suficiente para neutralizar en el ánimo del enamorado la repulsión natural que producen tales actos y productos.

Por el contrario, el hombre puede apreciar, si realmente ama a una mujer, cuando ni sus funciones excretorias ni los productos escatológicos le inspiran repugnancia. Swift ha dicho que las funciones excretorias ahogan la posibilidad del amor; pero está demostrado que esto sólo puede ocurrir en casos morbosos, de donde se deduce que, cuando esas materias o funciones inspiran repugnancia, el amor no existe.

Un autor dice que "una influencia más que neutralizadora, una influencia capaz de idealizar el foco sexual en el proceso excretorio unido al mismo, puede actuar sobre la mente del amante, sin exceder de las variaciones normales de la atracción sexual, y sin llegar al fetichismo excretorio".

Tal es, a grandes rasgos expuesta, la base normal del simbolismo escatológico, que casi siempre va asociado con ideas masoquis-

tas, hecho que se observa en individuos neuropáticos, los cuales sólo gozan sometiéndose a las mayores humillaciones, como la de hacer que las mujeres evacúen sobre su cuerpo o en la misma boca esas necesidades excretorias. Por otra parte, en muchos pueblos existe la creencia de que los orines y los excrementos todos humanos poseen propiedades mágicas o curativas. Incluso en las religiones se encuentran estos símbolos, aunque no tengan expresión sexual, sino solamente masoquista, independientemente de la esfera erótica; los ascetas, que comían excrementos como ponitencia que sólo podía imponerles su fanatismo, son una prueba clara del simbolismo escatológico en la religión. Krafft-Ebing dice que "mezclar los alimentos con los excrementos, lamer éstos, chupar llagas ulceradas y otros actos parecidos, los han ejecutado santas y veneradas mujeres". Ellis afirma: "Los santos, los profetas y los médicos han comido a menudo excrementos humanos; basta citar el ejemplo del profeta Ezequiel, el cual decía que le estaba mandado amasar su pan con excremento humano, y las prácticas de los médicos del Estrecho de Torres, en cuya educación desempeña papel importante la comida de excrementos humanos".

En el caso del pobre Ezequiel, el mandato de comer excrementos con su pan, no fué más que el resultado del mal humor de Jehová, quien, según Ezequiel, le dijo: "Y comerás pan de cebada cocido debajo de la ceniza; y lo cocerás a vista de ellos con los estiércoles que salen del hombre". (Ezequiel, cap. IV, versículo 12.) Ezequiel protestó respetuosamente de que le mandase Dios comer aquella inmundicia, y entonces le prescribió excrementos de buey.

En otro orden de cosas, es decir, en lo referente al simbolismo escatológico puramente erótico nos encontramos con el mismo grupo de fenómenos que hemos analizado al estudiar las diferentes perversiones. Por lo general, las emociones de la infancia, asociadas con la sexualidad, determinan el mayor número de casos. Puede aparecer la perversión y desenvolverse durante muchos años; pero cuando se experimentan los goces normales por primera vez, siempre que la iniciación sea perfecta, el fetichismo desaparece, tornándose el individuo, por así decirlo, "fetichista de la normalidad".

Un niño vió, en una ocasión, a una mujer orinando. Como nadie le viera, empezó a masturbarse, porque la visión de aquel acto le produjo intensa excitación sexual. Su perversión fué desarrollándose, y aunque tuvo ocasión de practicar el acto normal, no quiso hacerlo por miedo a una infección venérea. Por otra parte, no tenía

más que frecuentar ciertos lugares de las afueras del pueblo donde vivía, para satisfacer su morbosa sexualidad, de forma que no sentía la necesidad de intimar con mujeres, pues lo que le interesaba no era la aproximación, sino la visión principalmente del acto de orinar.

En cierta fiesta parece que bebió más alcohol de la cuenta, y en unión de otros amigos, marchó a una casa de prostitución. Por primera vez realizó el acto sexual, si bien fué la habilidad de una prostituta la clave de aquella iniciación. Tan intensas debieron ser las emociones que obtuvo, que, haciéndose amigo de aquella mujer, acabó por curarse completamente de su perversión mixóscopo-fetichista.

Otro se enamoró apasionadamente de una compañera de oficina por haberla visto evacuar una necesidad escatológica. Tímido para declararle su amor de palabra, la escribió una carta en la que, para probarle la intensidad de su pasión, decía que, "habiendo sido testigo de un acto muy íntimo de ella, no había podido resistir el impulso de escribirla declarándole su intensa pasión amorosa". Como postdata, suplicaba de la joven "aunque fuese el recuerdo del acto más despreciable de su cuerpo". Un día, que no acudió a la oficina, hubo necesidad de un documento que guardaba en un cajón de su mesa. Se encontró el documento, pero también se hallaron varios pedazos, ya secos, de materias fecales, así como cuatro botellines de vermut, llenos de orina, con una etiqueta indicando su procedencia. A consecuencia del escándalo que se originó con aquel motivo, se vió obligado a solicitar el traslado a otra población, porque nadie le perdonó su repugnante vicio..., exceptuando la muchacha. Al cabo de unos meses contrajeron matrimonio, y cuando experimentó los deleites naturales, en los que la esposa ya fué iniciada por un amante, la perversión desapareció para siempre.

Un caso curiosísimo, que pudiéramos llamar de "narcisismo escatológico", es el de un individuo que jamás evacuaba una necesidad fisiológica en el campo, por el sentimiento que le causaba la idea de que sus excrementos pudieran ser devorados por los animales. En una ocasión, no tuvo más remedio que exonerar el intestino, pero lo hizo sobre un papel, de forma que pudiera llevárselo al retrete de su casa. Muchas veces hacía una excavación en la tierra, y allí evacuaba sus necesidades, enterrándolas después. Se trataba de un perito agrónomo, que casi siempre tenía que trabajar en el campo a cierta distancia de la población donde residía.

Un médico refiere el siguiente caso de escatofagia urolágnica: "Rosalía M. estaba bien constituída, y no tenía taras hereditarias; probablemente, era virgen. Había practicado los deportes para aumentar su vitalidad, y descubrió que la orina, algo fermentada, tenía sobre ella gran poder excitante. Procurábase cierta cantidad de este líquido de varón, y afirmaba que, por el olfato y por el gusto, podía conocer la procedencia. El testigo de una escena relativa al caso, me dió algunos antecedentes. Se hallaba cerca del urinario situado detrás del teatro, y al colocar una linterna roja para indicar que se hacían obras en aquel paraje, vió una joven que se acercaba al urinario. Miraba a todas partes, para no ser vista, y como le intrigase semejante actitud, quiso colocarse dentro de la zanja de las obras. La joven se dirigió al urinario y se inclinó hacia el suelo; pero no evacuó ninguna necesidad, sino que llenó una redoma que llevaba, con orines, y después de olerlos huyó rápidamente.

"Después de ejecutar tales actos, volvía a su casa deprimida y enervada. Un niño de doce años me reveló algo extraordinaria que, sin duda, produjo la muerte de Rosalía. Aquel niño era vecino de la joven, y el cuarto de ésta daba al jardín de la casa vecina. El niño era aficionado a subirse a los árboles, y veía que, por la noche, Rosalía se entregaba al placer de aspirar las emanaciones húmedas desde su cuarto, con las ventanas abiertas. Se sentaba cómodamente y olía el contenido de dos redomas; una estaba llena de líquido incoloro; otra, de líquido amarillento. En estos momentos de culminante excitación sexual, la joven se bebía los orines, y se producía el delirio. Una vez pasado éste, agotaba el contenido de la otra redoma, que estaba llena de aguardiente. Se acostaba inmediatamente, y algunas veces arrojaba los líquidos. Sufría horriblemente, pero no abandonó el funesto vicio que la dominaba, hasta que murió a consecuencia de repetidos desórdenes. ¿Qué voluptuosidad inaudita conduce a exponer la vida a seres como Rosalía?"

Un viajante de comercio no podía viajar en trenes cuyos carruajes no llevasen retrete, porque le causaba un indecible sufrimiento el pensar que habría viajeras que estarían padeciendo un verdadero martirio al no poder evacuar sus necesidades cuando tuvieran deseos. Cuando viajaba en trenes de coches corridos, se estacionaba a las puertas de los W. C., y tan pronto veía entrar a una mujer, se excitaba sexualmente. Muchas veces experimentaba el orgasmo imaginándose los esfuerzos que realizaría la viajera para exonerar el intestino.

Un individuo muy culto, con graves antecedentes neuropáticos, pues en sus ascendientes hubo algunos perturbados. Este caso registrado por Moll, con todo detalle, se refiere al fetichismo de acto, no ofreciendo interés los excrementos, sino el acto de expulsarlos. El caso es complicado: se trata de un sujeto con tendencias homosexuales paidofílicas, pero jamás ha pensado en cometer la menor inmoralidad o acto pederástico con las criaturas, y ni se ha masturbado siquiera. Tampoco le llama la atención la imitación del coito, y, en resumen, puede decirse que es un ser indiferente en absoluto a toda clase de contactos. Entre las confesiones que hizo al doctor Moll, figura la siguiente:

"En el cuerpo de un niño hay dos cosas que me excitan especialmente: su vientre y sus nalgas. El primero, porque contiene el aparato digestivo; las segundas, porque ocultan la abertura de los intestinos. De todos los procesos vegetativos que se verifican en la vida del niño, ninguno me interesa tanto como el digestivo y el de la defecación." Refiere que esta parte de la fisiología le preocupó siempre, hasta el extremo de que buscaba en los diccionarios las palabras "Obstrucción", "Constipación", "Excrementos", "Defecar", "Intestino", "Hemorroides", etc., cuya lectura le producía ensueños voluptuosos.

Dice que le causaba disgusto el saber, por ejemplo, que un hombre hacía mal las digestiones. Gozaba con sólo comprobar el abombamiento de su abdomen, producido por la retención de materias fecales, y el momento de la defecación le producía un inefable bienestar, que hubiera querido que se prolongase mucho tiempo. "Atormentaba mi fantasía—dice—esforzándola en inventar variaciones placenteras; deseaba una isla desierta, donde poder estar desnudo; llenar mi cuerpo de abundantes y nutritivos alimentos; conservar el excremento lo más posible, y luego darle salida en algún lugar a propósito. Estas prácticas e ideas causaban a menudo erecciones, y, a veces, emisiones; pero las partes genitales no desempeñaban papel ninguno en mis concepciones: sus movimientos eran molestos, y no me proporcionaban placer."

Comprendía perfectamente este sujeto que era un pervertido, cuando, a fuerza de leer libros que tratasen de las perversiones sexuales, no encontró ningún caso parecido al suyo. Toda su preocupación estribó durante mucho tiempo en hallar un individuo que tuviera sus mismos gustos, con el fin de entregarse, unidos, a los placeres de la defecación; lo cual, en su criterio, habría constituí-

do el equivalente del coito. En la parte final de su confesión al doctor Moll, escribe lo siguiente:

"Nadie puede imaginarse la diabólica alegría de que me siento poseído al pensar en un niño hermoso y desnudo, cuyo abdomen está lleno a consecuencia de una larga ausencia del retrete. El pensamiento me excita poderosamente, una corriente de pasión fluye por mis venas, y mis miembros se estremecen. No me cansaría de tocar ni de mirar ese abdomen. Mi pasión se revelaría por medio de tempestuosas caricias, y el niño tendría que ponerse en distintas actitudes, con objeto de enseñar la belleza de sus formas, es decir, de exponer mejor las partes en cuestión. El observar la defecación aumentaría mi goce. Si sus intestinos no estuvieran completamente llenos, le alimentaría yo con toda clase de substancias de esas que producen mucho excremento, como patatas, pan moreno, etc. Si fuera posible, trataría de retrasar la defecación dos o tres días, con objeto de que fuese lo más copiosa posible. Cuando, por fin, se verificase, sería para mí un goce indescriptible observar cómo salían del ano los excrementos en buen estado de dureza.

En el próximo volumen hemos de ocuparnos nuevamente de la escatología, al comentar determinados aspectos de las grandes aberraciones sexuales, como el fetichismo coprolágnico, en su relación con el sado-masoquismo.

Otra extraña variedad del simbolismo erótico es la presbiofilia o *gerontofilia*, o sea el amor sexual hacia individuos ancianos. Una muchacha de diecinueve años, normalmente constituída y sin taras hereditarias, se enamoró de un anciano mendigo de blanca y luenga barba, que tenía más de setenta años de edad. La joven le daba limosna diariamente, y en una ocasión le rogó que fuese a su casa, a una hora determinada, para entregarle unas prendas de vestir. Cuando llegó el mendigo estaba sola la joven en casa, la cual le recibió casi desnuda, haciéndole pasar a una habitación. Le hizo que se probase las ropas, a lo que el anciano no quería acceder por pudor, contestándole la muchacha que no se inquietase ni tuviera escrúpulos. Al decirle esto le acariciaba la barba, maniobra que produjo en el anciano, a pesar de su edad, cierta excitación. Llegaron a tener relaciones sexuales tan completas como diera de sí la potencia del mendigo, hasta que fueron sorprendidos por un hermano de la joven. El suceso ocurrió en una población española próxima a la frontera portuguesa, que el mendigo salvó sin dificultad.

Féré cita el caso de un joven de veintisiete años, al que sólo in-

citaban sexualmente las ancianas de cabellos muy blancos. Esto se relacionaba con un recuerdo de su niñez, pues cuando tenía cuatro años, durmiendo en la cama con una señora anciana, con el cabello completamente blanco, experimentó las primeras emociones sexuales de su vida. Durante mucho tiempo no pudo practicar el acto carnal con mujeres jóvenes, a no ser que tuviesen el pelo teñido de blanco, o muy empolvado.

Hay individuos que, en ciertos alimentos animales o vegetales, encuentran símbolos eróticos olfativos insustituíbles, como ocurre con ciertos pescados, quesos, cueros, la flor de alheña, la del castaño, y otras materias cuyo olor recuerdan o se parecen mucho al de ciertas secreciones humanas, especialmente genitales. Estos fetiches pueden obrar como excitantes, aunque hay muchos individuos, generalmente grandes olfativo-imaginativos, que no necesitan de más recursos, para experimentar las emociones sexuales más completas, que la olfación de materias que realmente produzcan olores semejantes a los citados, o bien que en nada puedan compararse, ya que la imaginación del fetichista, como ya hemos visto, es capaz de operar toda clase de transformaciones en lo se refiere a las impresiones sensoriales.

Un caso curiosísimo de fetichismo erótico-alimenticio, de simbolismo antropofágico mejor dicho, es el siguiente observado por nosotros. Un profesor de matemáticas del Instituto de una ciudad andaluza, no podía ver un flan, sin experimentar fuertes emociones sexuales. Entre sus discípulos había cobrado una fama inmerecida de goloso, y decimos inmerecida, porque el azúcar no entraba para nada en la elaboración de aquellos manjares que constituían su fetiche erótico.

La excitación sexual que le producían los flanes, se relacionaba exclusivamente con los pechos de una mujer, "pechos de monja joven", como él decía. No le importaba la forma del flan: era el movimiento de la pasta gelatinosa lo que le hacía recordar el temblor de los senos de una novia que tuvo y que falleció unos días antes de la fecha en que había de verificarse el enlace matrimonial. No obstante, llegó a tener relaciones sexuales con ella, y de todos los caracteres de su belleza, el de los pechos fué el que más fuertemente impresionó su imaginación.

En la casa de huéspedes le hacían un flan un día a la semana, que sólo comía cuando se acostaba. Refiere un compañero de hospedaje

que, antes de comerse el flan, lo que hacía con verdadera avidez, acostumbraba a mover el plato para producir en el flan el temblor de los pechos. Este individuo se suicidó en un ataque de enajenación mental.

El fetichista, en suma, es un triunfador del supremo idealismo humano, porque cuando logra esas emociones psico-sexuales, que le están vedadas al hombre normal, que no comprende tan extraños mecanismos, es porque, con su imaginación, ha logrado lo que materialmente no podría conseguir, bien porque sea un tímido, como ocurre casi siempre, o porque se trate de un imaginativo que se aisla en sí mismo de una manera irremisible para mejor poder realizar sus aspiraciones, que llegan a parecerle ideas nuevas que no comprende el mundo.

No obstante, el simbolista no es un loco, y, aparte de esta anomalía, en casos infinitos es imposible descubrir en él una manifestación anormal. No cabe duda que comprende perfectamente el gran abismo que se abre entre sus ideas y ensueños y las concepciones del resto de la Humanidad. Esto no quiere decir que el fetichista comprenda perfectamente su perversión, que a veces, como el invertido, la eleva a la categoría de una distinción intelectual; se da cuenta, sí, de que la mayoría no se comporta como él, y en este trance no se decide nunca a hacer adeptos por temor a la risa o el insulto asestados sobre lo más vivo de sus ideales, que, naturalmente, para las personas que se mueven en su medio social afectivo, no son más que locuras, obscenidades repugnantes o figuras de delito.

El hombre que adora a un zapato, no puede decirlo: ha de guardarse su emoción en el devocionario de sus más sagrados afanes; porque si lo proclamase se reirían de él, llegarían a insultarlo, a meterle preso, acaso. Esto es lo que más contribuye a aumentar su reserva natural, es decir, a refugiarse más y más en el amor de su fetiche, que le ofrece y procura deleites que no requieren publicidad, que son compatibles con su debilidad de carácter o su timidez excesiva.

La disparatada diferencia que existe entre el motivo y el resultado del simbolismo, rara vez permite a las gentes desconocedoras de estos fenómenos justipreciarlos en su valor clínico y social. El fetichista que corta una trenza, o el que roba un objeto cualquiera para satisfacer su sexualidad, son, sin duda, delincuentes; porque el hecho externo no deja de ser el quebrantamiento de un bien jurí-

dico. Pero estos casos, tan simples y frecuentes, son menos graves que el del simbolista que come excrementos, o el que experimenta placer sexual devorando un flan que le recuerda los pechos de una mujer amada, situándonos, huelga decirlo, desde el punto de vista eminentemente clínico.

CASOS CELEBRES

La religión y la magia.—La escatofagia de Caligula.—Las reliquias sexuales.—El zapatero de Pasow.—La enamorada de la bota de un gendarme.—El fetichista de la sombra.—La influencia de las espuelas.—Una monja insaciable.—Un caso de poliformismo fetichista. Confesión de un niño.—Desarrollo del fetichismo erótico.—La imposibilidad del coito. Los fetichistas tímidos.—El bandido argentino y las trenzas de su amante.

La infinita variedad y la gran amplitud de los fenómenos del simbolismo erótico, tan diverso en sus expresiones, que entre diez mil individuos nos encontraríamos con que en cada mentalidad tenía una manifestación distinta, ha dado lugar a una copiosa literatura médica en la que se precian los más valiosos criterios de los comentaristas. Este tema, ajustado a la más severa sinceridad expositiva con que sólo nos ocupáramos de la exposición de los casos observados, sin comentarlos siquiera, vendría a demostrarnos que no existe fantasía capaz de imaginar las concepciones que elabora la mente de un fetichista.

Los tratadistas que con más atención han estudiado esta materia han sido Krafft-Ebing, Moll, Carpenter, Tarde, Hirschfeld, Iwan Bloch, Havelock Ellis, Binet, Hesnard, Féré, Morselli, Mantegazza, etc., investigadores de gran solvencia científica, que han compuesto apretados volúmenes dedicados al estudio del simbolismo erótico.

Los más antiguos tratadistas se ocuparon del asunto, si no precisamente desde el punto de vista médico, analizándolo en el aspecto religioso y mágico. Estos impulsos que a nosotros nos parecen completamente antinaturales, tuvieron para nuestros antepasados el valor de creencias y prácticas que estuvieron íntimamente ligadas a los ideales más elevados de la vida y a la fe religiosa más acendrada, como ocurre si observamos la vida de mu-

chos ascetas. Han sido, pues, los hechos sociales elementos que han influído muy poderosamente en la observancia de tales prácticas que a nosotros se nos presentan atrozmente repugnantes y antiestéticas.

Uno de los casos de simbolismo escatológico más antiguos que se conocen, se refiere al emperador romano Calígula, uno de los más célebres monstruos de la Humanidad. Este genial asesino tenía la costumbre de gustar los excrementos de aquellos hombres que amaba, porque, como ya hemos dicho en otro volumen, era un invertido. Lo extraño es que pudiendo disponer a su antojo de los servicios sexuales de sus amigos, aún tuviese que recurrir a tan repugnantes extremos para lograr satisfacciones eróticas.

Schurig, un célebre tratadista del siglo XVIII, dice en uno de sus libros que conoció a una dama belga, la cual, al morir su esposo, le cortó secretamente el pene y lo conservó como sagrada reliquia en una caja de plata. Más tarde, lo redujo a polvo, y halló que era una medicina eficaz para ella y para otros. Brantôme cita un ejemplo más antiguo de una dama de la corte de Francia, que embalsamó y perfumó los órganos genitales de su difunto esposo, conservándolos siempre en un cofrecillo de oro. Mantegazza habla de un hombre que por espacio de muchos años guardó en su pupitre la piel de su difunta amada, convirtiéndola en su mejor compañero. «Algunos—observa—han dormido meses y años enteros con un libro, un adorno, un objeto sin valor. Tuve un amigo que se pasaba horas de alegría y de emoción besando un hilo de seda que había estado entre los dedos de *ella*, y que era la única reliquia de su amor.» Ellis, que cita estos casos, dice que conoció a una señora que en su ancianidad conservaba todavía, como único recuerdo del hombre hacia el cual se sintió atraída, un fragmento de papel que había estado retorciendo durante una conversación que con ella tuvo medio siglo antes.

Estos casos se refieren al fetichismo natural y específico de bases absolutamente normales. Pero ahora vamos a reproducir algunos que ya se apartan por completo de la expresión normal, para adquirir una forma verdaderamente grotesca cuando no lamentablemente trágica.

Pasow refiere el siguiente: Un zapatero de cuarenta y cinco años, de buena conducta y reputación, fué arrestado por habérsele sorprendido robando; se había apoderado de unas prendas de ropa blanca y huía con ellas. En su casa fueron encontradas más

de trescientas prendas femeninas, entre las que había gran número de pantalones de mujer, medias, ligas, etc. Cuando le detuvieron llevaba puesta una camisa de mujer. Castigado por vez primera, se hizo más prudente, y realizaba los robos con mucha cautela. Cuando sentía tentaciones de robar procuraba resistirse pero acababa de ceder. Por la noche, al meterse en la cama, cogía las prendas femeninas que había robado, evocando al mismo tiempo la imagen de mujeres bellísimas, con lo que experimentaba una sensación voluptuosa. (Citado por Chapotin.)

El doctor Juloy, de Burdeos, refiere un caso de fetichismo en el que se alían el simbolismo erótico y el instinto maternal de una mujer neurótica. La señorita R..., empleada de Correos en una aldea de los alrededores de Cadillac, era una señora honrada, objeto de la general consideración, a la que contribuían sus cabellos grises y su aspecto respetable. Pero esta señora, en el momento de la menopausia, fué atacada por un ardor extraño: se enamoró de la bota de un gendarme. La había visto en una tienda de compraventa de Burdeos y la había comprado, llevándosela cuidadosamente al cuarto en que transcurrían sus días de solterona. En una carta dirigida a su médico, relata con una gran claridad la turbación que se apoderó de todo su ser cuando apercibió por primera vez aquella bota:

«Sentí helarse bruscamente toda mi sangre. Me parecía que se me había paralizado el corazón. Un sudor frío empapó mi frente. Sin embargo, un gran temblor agitaba mis manos y me parecía que una alegría profunda se había extendido por todo mi ser, como si hubiera sido visitada por el Espíritu Santo.

»¡Era tan brillante aquella bota, estaba tan limpio el tacón, su configuración era tan perfecta, que no podía serlo más! ¡Me pareció la bota más bella existente bajo el cielo, y cuando tuve apretado contra mí aquel cuero fuerte y flexible a la vez, cuando acerqué el rostro hacia el interior de la bota sentí un olor tan potente, que me pareció que respiraba los aromas del Paraíso!

»Con una voz débil pregunté el precio de la bota. El vendedor pronunció una cifra, sobre la que pronto nos pusimos de acuerdo. La bota estaba aislada. Es poco probable que perteneciese a un gendarme cojo. Probablemente, la bota estaba sola por culpa del desorden de aquel a quien había pertenecido. Me congratuló que estuviese sola: no sé si hubiese podido resistir a la felicidad si se hubieran ofrecido a la vez dos botas como aquélla.»

La señorita R... llevó su adquisición a la aldea, y compró una cuna, en la que acostaba a la fuerte bota después de haberle puesto al tacón un gorro de niño. Este rasgo es revelador: explica cómo la desgraciada asociaba en una misma desviación del instinto, y en el momento en que iba a dejar de ser útil para la reproducción, sus dos amores insatisfechos: el amor sexual y el amor maternal.

«En efecto, prosigue la señorita R... en su confesión, aquella bota era para mí como una hija y como un amante. La estrechaba contra mi pecho como si debiera amamantarla. La cubría de besos, lo que me causaba muchas molestias en mi profesión, ya que a veces me presentaba en el despacho con toda la cara manchada sin que me hubiera dado cuenta. Pero, por otro lado, cada vez que veía el cuero brillante, cada vez que lo limpiaba, como se limpia a los niños, experimentaba la misma sensación que me acometió en Burdeos ante la tienda en que la compré. Me parecía que mi pecho se hinchaba como las olas del mar y sentía en lo más profundo de mí un testimonio de mi turbación amorosa.»

Esta historia no terminó trágicamente. Cuando pasó la edad crítica de la señorita R..., los sentimientos que le inspiraba la bota comenzaron a desaparecer. Y, finalmente, aquel accesorio militar fué llevado al granero, entre esqueletos de butacas, pilas de revistas de modas atrasadas, sacos y cajones, conservados con la esperanza lejana de que un día pudieran servir para algo. (Citado por Chapotin.)

Gorón habla de un comerciante de París—persona reputada por su talento, marido feliz y padre de familia, en un todo irreprochable en su vida privada—, el cual, al volver una noche a su casa, después de haber jugado al billar con un amigo, acertó a ver en una ventana iluminada la silueta de una mujer que estaba cambiando de camisa. Enamoróse de aquella sombra y volvió durante muchos meses todas las noches a aquel sitio para contemplar la ventana. Sin embargo—y aquí está el fetichismo—, no hizo la menor tentativa para ver a la mujer ni averiguar quién era: le bastaba la sombra, no necesitaba la realidad. (Gorón, «Los parias del amor».)

Ellis refiere el siguiente caso que le comunica un corresponsal de Nueva Zelanda:

«El paciente fué al Africa del Sur como soldado con el contingente de Nueva Zelanda, abandonando, con este objeto, un buen empleo en esta oficina. Jamás había experimentado perturbación ninguna relacionada con mujeres antes de ir a Africa. Hallándose en activo servicio sufrió una tremenda caída del caballo y se rompió una pierna. Estuvo cuatro días sin recobrar el conocimiento, y después le enviaron al Hospital de Cape-Town. Allí se restableció rápidamente, y al recobrar por completo su primitiva salud, se dispuso a pasar lo que él llamaba «unos días buenos». Concurrió repetidamente a las casas de mal vivir, pero se vió en la imposibilidad de conseguir algo más que una erección pasajera, sin ninguna eyaculación. En uno de estos lugares se halló en compañía de un soldado beodo, el cual le propuso que verificase el coito sin más vestimenta que las botas con espuelas. Mi paciente, que también estaba borracho, asintió al punto, y con gran sorpresa le fué dado realizar el acto de la copulación sin ninguna dificultad. Después trató de repetirlo varias veces sin espuelas, no pudiendo conseguirlo; con espuelas no experimenta dificultad ninguna en obtener el goce que busca. Su salud, en general, es buena. Su madre fué una mujer extremadamente nerviosa, lo mismo que su hermana. Su padre murió siendo él muy joven. El único pariente, además de éstos, que tiene en la colonia, es una hermana, casada, la cual disfruta, al parecer, de excelente salud.»

El mismo autor escribe: "Se cuenta de una monja italiana (cuya hermana se entregó a la prostitución), que desde la edad de ocho años deseaba el coito, se masturbó a los diez y tuvo después inclinaciones homosexuales, que los mismos sentimientos y las mismas prácticas las continuó después de tomar el velo, aunque de cuando en cuando se convertían en equivalentes religiosos. El mero contacto con la mano de un sacerdote, la noticia de la presentación de un eclesiástico amigo para un obispado, la vista de un simio, la contemplación de Cristo crucificado, la forma de un juguete, la figura de un demonio, el acto de defecación de los niños confiados a su custodia (a quienes por esta razón, y contra lo dispuesto en los reglamentos, acompañaba a los retretes), y especialmente la vista y el mero recuerdo de las moscas en relación sexual, todas estas cosas bastaban para producirle un violento orgasmo.»

El doctor Macdonald, en su libro «El criminal-tipo», reproduce la confesión que le hizo un niño de quince años (dado a la masturbación), hiperestésico en materia de símbolos sexuales: «Me gusta jugar con mis compañeros—manifestó a Macdonald—,

haciéndonos una pelota y rodando por el suelo, porque así experimentamos un calor agradable. Tengo especial satisfacción en hablar de ciertas cosas. Es lo mismo que cuando mi institutriz me besa, al darme las buenas noches, o cuando me apoyo contra su pecho. Experimento asimismo esta sensación cuando veo determinados dibujos en los periódicos de caricaturas, pero sólo aquellos que representan mujeres; por ejemplo, un joven que, al patinar con una señorita, hace que se levanten ligeramente las faldas de ésta. Cuando leí que un joven salvó a una niña que se estaba ahogando, y ambos nadaron juntos, tuve la misma sensación. La contemplación de las estatuas de mujer en los museos me produce el mismo efecto, o cuando veo niños desnudos, o cuando una madre lacta a su hijo. A veces noto la misma sensación leyendo novelas que no debería leer, o viendo una ternera recién nacida, o contemplando a los perros, caballos o vacas montados los unos sobre los otros. Cuando veo a una joven coqueteando con un muchacho, o reparo en que ella se reclina sobre su hombro, o que el muchacho la coge por la cintura, tengo una erección. Lo mismo ocurre cuando veo mujeres o niñas en traje de baño, o cuando oigo a los niños hablar de lo que hacen sus padres. En el Museo de Historia Natural veo cosas que me producen la misma sensación. Un día, al leer que un muchacho mató a una joven, y llevando el cadáver a un bosque lo desnudó, experimenté una sensación agradable. Cuando me enteré de lo que eran los bastardos, la idea de que una mujer pueda tener un hijo en tales condiciones, me produjo esa sensación. Ciertos bailes, la vista de muchachas montando a caballo a horcajadas también me excitan, lo mismo que una vez en el circo vi a una artista salir de la boca de un cañón, con las faldas por el aire. La vista de hombres desnudos no me causa efecto. A veces disfruto viendo ropas interiores de mujer en el escaparate de una tienda, o cuando veo que hay señoras que las compran, sobre todo si son pantalones. Cuando veo a una señora con una bata abrochada de arriba a abajo me hace más efecto que la vista de la ropa interior. La contemplación de perros copulando me agrada más que la de una mujer bonita, pero menos que la de niñas pequeñas y graciosas.»

Clasificaba los fenómenos que le impresionaban por el siguiente orden de intensidad: acoplamiento de las moscas, luego el de los caballos, después la vista de ropa interior femenina, la contemplación de unos novios, la copulación de ganado vacuno, las estatuas de mujeres con los pechos desnudos, el contacto con el cuerpo y el pecho de su institutriz, y, finalmente, el coito.»

Conozco el caso de un individuo que, teniendo doce años, cayó entre las manos de una sirvienta fogosa.

Se hallaba el muchacho en el cuarto de la criada, donde guardaba sus libros de estudio, buscando unos papeles. Los padres habían salido y la fámula se puso a limpiar los metales de su cama, valiéndose de una pasta aplicada a estos usos.

El chiquillo prestó atención a la faena y se sentó en el borde del lecho, de paso que tomaba en sus manos la cajita de pasta, cuyo olor le agradaba bastante. La criada se sentó a su lado, y entre juegos y risas empezó a tocar los genitales del muchacho hasta provocarle una erección, juego que terminó con la consumación del coito. Huelga decir que la criada era una experta, por lo que las relaciones se prolongaron hasta que ella salió de la casa para contraer matrimonio, dejando allí a la víctima de su lascivia.

El muchacho, bien iniciado en los misterios del amor, fué cierto día a una casa de prostitución, pero, pese a las habilidades de su amante ocasional y a los poderosos esfuerzos psíquicos que el cliente realizó, le fué imposible conseguir ni la más elemental erección. No supo a qué atribuir tan tremendo fracaso, y regresó a su casa verdaderamente desolado. Se recluyó en su cuarto, intentando masturbarse, pero tal procedimiento tampoco le produjo mejores resultados.

Entonces tuvo una idea: se acordó de su iniciadora y de las circunstancias en que su sexualidad se estremeció normalmente por primera vez, y fué a buscar la cajita de la pasta de limpiar metales. En efecto; no bien hubo aspirado con fruición el olor de la pasta, experimentó el orgasmo. Desde entonces, cada vez que sentía la necesidad de oficiar en los altares de Venus tomaba la precaución de llevar la cajita en un bolsillo para olerla en el instante de iniciar el contacto carnal con la prostituta que había elegido. De esta forma conseguía el grado de excitación necesaria y el resto del coito lo practicaba normalmente, obteniendo las sensaciones naturales de la más completa satisfacción sexual.

Este fetichista, perfectamente constituído y dotado de órganos normales, curó dos años más tarde de la singular manía, gracias a una reacción vigorosa de la voluntad, pues se avergonzaba del

padecimiento de que era víctima, lo que constituía el mejor abono para que fructificase la intervención médica.

Es cierto que todos los fetichistas son tímidos de muy débil constitución mental, aunque de cuando en cuando se observan excepciones muy notables. La timidez de estos neurópatas es muy relativa, y casi siempre sólo se manifiesta en forma de aversión a relacionarse con mujeres ni aun por medio de simples conversaciones. Los fetichistas, pues, son particularmente tímidos con las mujeres, pero su audacia puede llegar a límites inconcebibles en los demás aspectos de su vida.

Yo conocí a un argentino, peligroso malhechor, que se turbó como una colegiala ante una señorita periodista que pretendió interrogarle en la prisión donde fué recluído a raíz de haber cometido un robo cuantioso. Otro repórter más afortunado consiguió la información pretendida, con el interesante suplemento de estas frases del bandido: «Por lo único que me agradan las mujeres es porque no suelen defenderse tan bien como los hombres; por lo demás, siempre me siento cohibido en presencia de ellas: no puedo remediarlo.»

Después se comprobó que el individuo en cuestión no se separaba de dos trenzas de cabellos que pertenecieron a una mujer que amó, ya fallecida. Para hacer vibrar los resortes de su sexualidad morbosa, no necesitaba más que besar los cabellos de la amada muerta. Se supo esto por la insistencia con que rogó que no le despojasen de tan preciadas reliquias cuando fué trasladado al penal de Ushuaia, en las heladas regiones de la Tierra de Fuego, de donde muy pocos penados vuelven.

En el volumen siguiente habremos de encontrarnos con casos verdaderamente terribles de esta manía que pocas veces va sola; es decir, sin el acompañamiento de otros trastornos psíquicos o mentales más o menos graves, que saliéndose de la esfera de la anormalidad tolerable caen de lleno en los límites de la gran perversión que conduce al manicomio o al crimen.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

BASES PSICOLOGICAS DEL FETICHISMO SEXUAL

El fetichismo y los sentidos. — Cómo se centra la atención del fetichista. — El encanto singular de los defectos.—«Cristalización» del amor. — El fetichismo negativo o repelente. Actitud de la mujer defectuosa. — El sadomasoquismo fetichista. — Las prendas de vestir femeninas. — Fetiches eróticos sexuales.— Los fanáticos. — El Cristo bueno y el malo. Fanatismo colectivo. — Fetichismo de las masas. — El amor a una víscera. — Las reliquias 9

LOS SIMBOLOS EROTICOS

Papel del símbolo en la erótica.—Cualquier objeto puede ser un fetiche.—Una locomotora, fetiche sexual.—Mecanismos psíquicos.—División convencional de los fenómenos.—El simbolismo de las partes genitales.—El fetichismo de las mujeres.—Las manos.—El pie.—Antecedentes históricos.—Como fetiche negativo. Rétif de la Bretonne.—Fundamentos de esta perversión.—Razones sociales.—Los «mantes de los pies».—La prostitución..... 19

FETICHISTAS, NEUROPATAS Y PERVERSOS

Clasificación clínica.—Dificultad de una separación acertada.—Excitantes mecánicos y psíquicos.—El enamorado de la calavera.—El fetichismo en la infancia.—Dos casos clínicos. Las confesiones de Rétif de la Bretonne.—Los moralistas y su moral.—La excitación de los impermeables.—El alcalde y la ropa blanca.

Páginas

Fetichismo femenino.—Cleptomanía fetichista.—La enamorada de las ligas.—Las telas. Materias animales.—Los cadáveres 39

LOS CORTADORES DE TRENZAS

El simbolismo del cabello, perversión de los civilizados.—Sus bases naturales.—Simbolismo sexual del peinado.—El color.—Un caso de fetichismo universal del cabello.—La proposición del alcalde de Almendralejo.—Fetiches eróticos.—La emoción de los cortadores de trenzas.—Confesión de un fetichista.—Uno que cortó sesenta trenzas.—El impulso irresistible.—Un caso célebre.—La opinión de los médicos legalistas 53

LAS FORMAS MAS EXTRAÑAS DE LA PERVERSION

Las dos personalidades.—El que gozaba clavando zapatos.—Origen de su perversión.—El que odiaba a los curas y las encinas.—Los guantes de la enfermera.—El simbolismo escatológico.—Su origen normal.—La prueba del amor.—Los comedores de excrementos.—Narcisismo escatológico.—Caso de urolagnia.—La obsesión de un viajante.—La atracción del intestino.—El amor a los ancianos.—Los alimentos simbólicos.—El flan.—Psicología del fetichista 67

CASOS CELEBRES

La religión y la magia.—La escatofagia de Calígula.—Las reliquias sexuales.—El zapatero de Pasow.—La enamorada de la bota de un gendarme.—El fetichista de la sombra.—La influencia de las espuelas.—Una manía fetichista. Confesión de un niño.—Desarrollo del fetichismo erótico.—La imposibilidad del acto. Los fetichistas tímidos.—El bandido argentino y las trenzas de su amante 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Fetichismo de las prendas femeninas 33

LAMINA II
Los «Amantes de los pies» 34

LAMINA III
Fetichismo de la imposibilidad del acto 48

LAMINA IV
Fetichismo del peinado 49